


Dib. GARRIDO.—Madrid.


— Mira, mamá; dice aquí que el mejor *goal* del partido lo hice yo de un cabezazo.

— ¡Hijo de mi corazón!... ¡Y aun dirá el barbarote de tu padre que no te sirve la cabeza para nada!

Ayuntamiento de Madrid



LIDA



Crema recons- tituyente

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, y devuelve al
✎ rostro su tersura y lozanía ✎

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

Cupón núm. 4

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de marzo.

20. — En la langosta.

PRENDA DE ABRIGO

JUICIO

21. — Mujer de historia...

LA menguaba.
LE menguaba.
LI menguaba.
LO menguaba.
LU cada día estaba más alta.

CUPÓN

correspondiente al número 121 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

18. — Nombre de patrona de huéspedes.

- No sé en qué *prima-cuarta* tu tía ese empaque.
- En cuanto *tres-prima*, ya la tienes dándose tono.
- Y creo que Jacoba la *dos-cuarta* de lo lindo.
- La hace recordar sus buenos tiempos, cuando *todo* era cocinera.

19. — Soldado.

El señor C reza con unción evangélica.

NADA

Concurso de pasatiempos del mes de enero.

Verificado públicamente en nuestra Redacción el sorteo de premios correspondiente al concurso de enero, resultaron favorecidos los tres *pierdetiempistas* que se relacionan a continuación:

Primer premio. — Un billete de la Lotería Nacional, número 5.773, para el primer sorteo de abril próximo, a don José Luis Miller, de Madrid.

Segundo premio. — Medio billete de la Lotería Nacional, de igual número y para el mismo sorteo que el anterior, a don Alberto P. Chirinas, de Madrid.

Tercer premio. — Tres décimos de la Lotería Nacional, de igual número y para el mismo sorteo que los anteriores, a don José Montesinos, de Madrid.

Los agraciados podrán pasar a recoger sus premios en nuestras oficinas, cualquier día laborable, de cuatro a siete de la tarde.

Para los condiciones de este Concurso, véase nuestro número 118

22. — De serenitos.

- De esta hecha te *dos-prima*, Zarcarias.
- Sí; puede salirme *dos-cuarta* la cosa...; ¡pero como acierte!
- La cuestión es que no te *dos-tercia* el guardia ese de la verruga.
- Llevo una *todo* muy ligera, y no hay cuidado.

23. — Elemento triangular.

A R I O

CUESTIÓN A DESARROLLAR EN UN DISCURSO

RESULTADO DE NUESTRO CONCURSO DEL MES DE FEBRERO

Soluciones a los pasatiempos del Concurso de febrero de 1924.

1. *El Vivillo*. — 2. *Chorizo*. — 3. *Solsona*. — 4. *Mal negocio*. — 5. *Mantecola*. — 6. *Sifonado*. — 7. *Síntesis*. — 8. *Collazo*. — 9. *Bordadores*. — 10. *Cefeo*. — 11. *Dos rojas lenguas de fuego*. — 12. *Maria*. — 13. *Muelle*. — 14. *Talabarte*. — 15. *Molécula*. — 16. *Pinzote*. — 17. *El Etna en erupción*. — 18. *Espinazo*. — 19. *Arroyo claro*. — 20. *Parcheo*. — 21. *Varapalo*. — 22. *Papaveráceas*. — 23. *Palmoteo*.

Examinadas las *once mil novecientas doce* soluciones recibidas, hemos separado, por ser completamente exactas, las firmadas por los *pierdetiempistas* relacionados a continuación:

1. Carmen Jimeno. Madrid. — 2. Pedro Escalera. Valladolid. — 3. Conchita Lorenzo. Madrid. — 4. Felisa Maraver. Madrid. — 5. Ramoncito Maraver. Madrid. — 6. José Luis Miller. Madrid. — 7. Manuel Arias. Madrid. — 8. Manuel T. Pardo. Valladolid. — 9. Carlos S. Ocaña. Madrid. — 10. Manuel Monjardín. Madrid. —

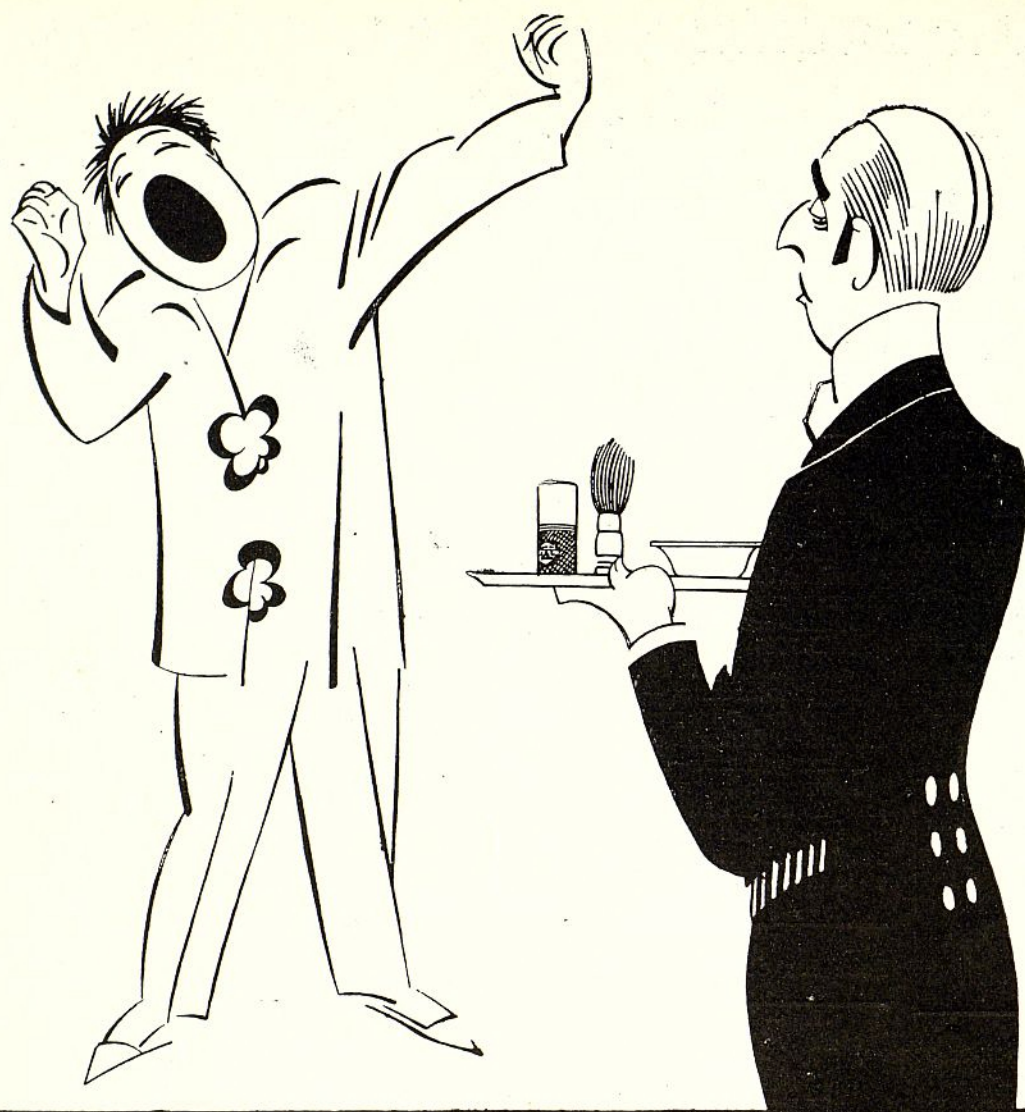
11. Manuel Galtier. Madrid. — 12. José Fenoll. Fuente Higuera. — 13. Marcial Areal. Madrid. — 14. A. M. Martínez. Madrid. — 15. Marichu Peyrona. San Sebastián. — 16. Rafael S. Belmás. Madrid. — 17. Manuel Tárrega. Madrid. — 18. Carlos Rivera. Madrid. — 19. Ernesto La Porte. Madrid. — 20. José Sacristán. Madrid.

21. Alfonso Fungairiño. Madrid. — 22. Bernardo Salaberry. Carabanchel Bajo. — 23. José María Tárrega. Carabanchel Bajo. — 24. Enrique Sánchez. Carabanchel Bajo. — 25. Daniel de la Puente. Madrid. — 26. Francisco G. Araus. Madrid. — 27. Matilde Maraver. Madrid. — 28. Carlos Tauler. Madrid. — 29. Segundo L. Zabalegui. Madrid. — 30. Emilio R. Melgar. Madrid. — 31. Pío de Bayo. Bilbao. — 32. Mariano P. López. Madrid. — 33. Mercedes de Castro. Madrid. — 34. Clemente Rodríguez. Madrid. — 35. Porfirio del Campo. Madrid. — 36. Elvira J. Castro. Madrid. — 37. Marceliano Pedrero. Larache. — 38. María Luisa Medina. Portugalete. — 39. Juan

- Garmendía. Portugalete. — 40. Marcos G. Manteca. Portugalete.

41. Juan Ruiz Sánchez. Madrid. — 42. Enrique Pineda. Segovia. — 43. Armando Peña. Madrid. — 44. Ventura Vizcaino. Madrid. — 45. Manuel Ródenas. Madrid. — 46. Charito Maraver. Madrid. — 47. Fernando Pineda. Madrid. — 48. Juan Hernández. Madrid. — 49. Antonio Sánchez. Madrid. — 50. Mercedes Jordán. Barcelona. — 51. Luis Malet. Barcelona. — 52. Ricardo Abadías. Ferrol. — 53. Francisco Duarte. Jerez de la Frontera. — 54. Miguel Rivera. Hospital militar de Tetuán. — 55. Adelardo Gómez. Madrid. — 56. José García González. Madrid. — 57. María Luisa Besses. Madrid. — 58. Concha Rodríguez. Santander. — 59. Manuel de las Casas. Tarifa. — 60. Amparo Bilbao. Sestao. — 61. Luis L. Becerra. Madrid.

El sorteo de los premios correspondientes a este Concurso se verificará públicamente en nuestras oficinas (plaza del Angel, 5), a las seis de la tarde del día 25 del actual.

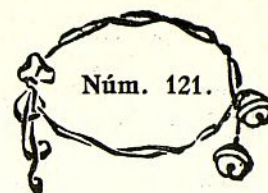
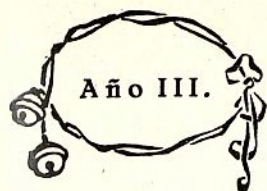


Contra pereza... **JABÓN GAL**

que le permitirá afeitarse rápida y cómodamente, gracias a su abundante y ligera espuma, que no se seca en la cara. Deja la epidermis tan suave como fresca.

Tubo, 1,50 en toda España.

Perfumería Gal. - Madrid.



DE LA VIDA IRÓNICA EL ARTE DE PEDIR



Los innumerables fingimientos, artimañas y recursos de que se valen los necesitados para interesar la misericordia distraída — misericordia al «aire libre» — de los transeúntes, pueden constituir un oficio, el peor de los oficios, sin duda; o bien disciplinarse y organizarse de manera que formen algo homogéneo, digno de ascender a la categoría de arte. Ello varía según la menor o mayor capacidad intelectual de los pedigüños, y el estudio que un buen observador podría realizar acerca de esto sería interesantísimo.

Abruma el polifacetismo de la indigencia. Desde los mendigos que, orgullosamente, nos llaman «hermanos» y solicitan nuestro socorro «por amor de Dios», hasta los hampones, que, con idéntico propósito, nos abordan llamándonos por nuestro nombre, y nos estrechan la mano y amablemente demuestran interesarse por nuestra familia, existe una gama inverosímil de categorías. Los primeros componen el vulgacho, la chusma totalmente anónima de la pordiosería, en tanto que los segundos representan una especie de aristocracia dentro del aperreado gremio. En aquéllos la miseria es algo incorregible y definitivo, mientras éstos hablan de la suya como de un estado casual y, por lo mismo, transitorio. Los unos cayeron en el infortunio, y no demuestran querer levantarse; los otros, sí...

De los últimos, de los que doblaron ante el dolor solamente una rodilla, quiero hablar aquí.

El hambre habrá debilitado en ellos todas las funciones, menos la memoria. Son fisionomistas eméritos, y conocen al «todo Madrid» rico y noctámbulo: a los banqueros, a los artistas, a los políticos, a

las cocotas en boga... Cazan «a espera», y su campo de acción favorito es la Puerta del Sol, centro principal todavía de la urbe: de ella hicieron su observatorio, su sala de disección, su oficina..., pues saben que, si no por la mañana, al atardecer..., o después de cenar..., todo buen madrileño pasará por allí.

Apenas la víctima aparece, el pedigüño cae sobre ella con tal rapidez, precisión y denuedo, que es imposible evitar su asalto. A veces nos tropezamos con él de manos a boca, cual si hubiese brotado del suelo, y hemos de detenernos. Los hay festivos, que nos envuelven en una sonrisa cordial llena

de desinterés; los hay también taciturnos y altaneros; otros, «los que no han comido desde ayer», o «los que tienen a su madre de cuerpo presente», o «los que salieron a comprar una medicina para la hija moribunda...», cultivan el drama. Es cuestión de temperamento. El asaltado procura resistir; el ademán inicial de su individualismo es siempre negativo; pero, a continuación, al oírse llamar afectuosamente por su nombre, comprende que su agresor le conoce, y reflexiona: «De no socorrerle, luego hablará mal de mí.» Esta consideración, también egoísta, le oprime, le convence, y acaba por ceder con un gesto malhumorado, en el que habrá más cobardía que generosidad.

Ocho, diez, quince días después, la escena volverá a reproducirse exactamente. La imaginación de estos acosadores no es brillante. Shakespeare, por ejemplo, necesitó idear varios dramas para vivir. Ellos, no: con uno, del que celebran varias representaciones cotidianas, tienen bastante. La obra, en ocasiones, conmueve y triunfa; a veces fracasa; mas no por esto su autor la retira «del cartel». Conozco azotacalles que «no comen desde ayer» hace años, y otros que hicieron del cadáver insepulto de su madre una sinecura...

En invierno, especialmente, muchos de estos pordioseros distinguidos dejan la Puerta del Sol para establecer en la sala del edificio de Teléfonos el escenario de sus lúgubres farsas. Parece que la emoción de los que van a telefonar predispone a la caridad... Además, Teléfonos es un recinto cómodo, limpio, abrigado, con largos bancos donde sentarse, y lleno siempre de buen público. Tampoco faltan mujeres bonitas. Es, en suma, «un puesto» magnífico para cazar incautos...

Días atrás, en el momento



Dib. SILENO. — Madrid.

de salir, me abordó un joven lívido, alto y esquelético, siniestramente desdentado por alguna enfermedad específica, tal vez, y metido en un gabancillo gris, de mangas muy cortas; y a tenazón, sin saludos ni preámbulos, con una voz de ultratumba y una vehemencia teatral muy bien estudiadas:

— Don Eduardo — exclamó —, ¿a usted le gusta la pintura?...

Lo insólito de la pregunta me desconcertó. Inmediatamente pensé: «Intenta venderme algún «apunte...» Y contesté sin ganas:

— ¡Ah, sí!... La pintura... ¡Ya lo creo!...

El repuso:

— ¿Quiere usted ver un cuadro soberbio?... ¿Un cuadro que no olvidará usted nunca?...

No contesté; estaba distraído; maquinalmente había empezado a recordar algunos lienzos maestros: *La ronda nocturna...*, *La lección de Anatomía...*, *La Venus del espejo...*, *El entierro del conde de Orgaz...*

— Mi cuadro — prosiguió el joven espectral — lo tituló *El hambre*: estaba en mi casa, y lo he traído aquí. Puede usted admirarlo; es algo supremo, algo que ha de hacerle a usted daño...

Yo cavilaba, cada vez más inquieto: «Entonces no se trata de «un apunte», como yo creía, ni de una acuarela..., sino de un lienzo grande, al óleo... ¡Este individuo está loco!...»

El continuó imperioso:

— ¡Mire, se lo ruego!... Allí lo tiene usted... ¡Abárguelo!... Y usted, que es artista, sentirá todo su horror.

Seguí con los ojos la dirección de su diestra, y vi, sentadas en un banco, dos mujeres enlutadas y cabizbajas: joven la una; vieja la otra, y ambas harapietas. ¡Yo no entendía aquello!...

— Son — explicó entonces — mi hermana y mi madre. Hace tres días que no comen. ¡Vea usted la humildad de esas cabezas..., el dolor nazareno de esos ojos..., la amargura pintada en esos labios..., y dígame usted, hombre de corazón, si mi cuadro vale algo!...

El cuadro estaba muy bien: las figuras..., la composición..., todo era perfecto.

— Reconozco — le dije — que no había usted exagerado. Es una obra maestra. Así, conforme está, sin marco, le daré a usted por ella un duro...

Y me marché pensando que aquel joven sinvergüenza debe considerarse rico, pues «su cuadro», a la larga, ha de producirle más que la venta, al contado, de «un Greco» o de «un Goya».

Todo esto es inaudito: en Teléfonos, el telefonema corriente, por el que abonamos en la «Caja» cuatro o cinco reales, y a veces menos, luego, en la sala, nos cuesta ocho y diez pesetas.

Algo parecido ocurre en la Puerta del Sol. Andar por ella en automóvil es mucho más económico que cruzarla a pie.

EDUARDO ZAMACOIS

NECROLOGÍAS A PLAZOS

La vanidad humana, como el firmamento anchuroso, carece de límites.

Es por esto que — como escriben los autores de comedias *originales* — se me ha ocurrido implantar una industria que me va a permitir tutearme con Rockefeller y mirar por encima del hombro a Romanones.

Hasta ahora — ¡adiós, muy buenas! — sólo había un genio financiero en España: Comillas.

Comillas, que, entre paréntesis, es un punto, y que perdone la Ortografía.

Pero ahora somos dos.

Verán ustedes.

Uno de los pequeños inconvenientes que lleva aparejados el fallecimiento del individuo, consiste en que no hay *fiambre* que se pueda regocijar con la lectura de los elogios que le dedican sus coetáneos apenas tienen noticia del óbito.

¿Me explico?

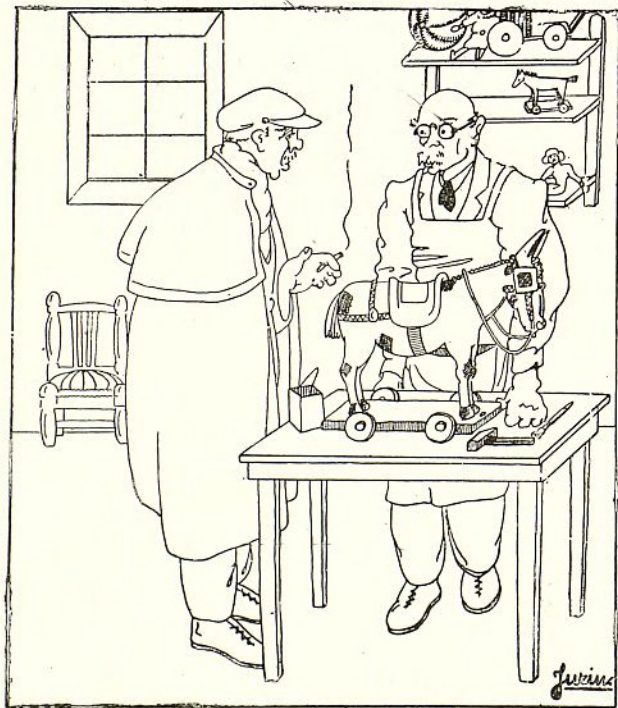
Quiero decir, y digo, que ningún ciudadano difunto ha podido deleitarse con la lectura de los piropos vertidos sobre él después de verificado el fúnebre tránsito a la Eternidad. Y no ha podido deleitarse con la lectura, etc., por el fútil detalle de que los honestos *fiambres* ni oyen ni ven. No añado que tampoco disfrutan del sentido del olfato, porque aquí, y en Madagascar, es sabido que los *fiambres* huelen; no muy bien, pero huelen. Y cuanto más *en conserva*, más huelen...

Pues bien: gracias, muchas gracias a mi industria, todo ciudadano podrá bajar a la tumba fresca con la satisfacción de haber leído su artículo necrológico, por él escogido con la necesaria antelación, y a precios verdaderamente inabarcables por su baratura; sobre todo si se tiene en cuenta que se trata de artículos de última necesidad.

Y con permiso de la gerencia de BUEN HUMOR, que en gracia — en mucha pajolera gracia — a la novedad de mi industria no me cobra el reclamo, voy a exponer al escaso conocimiento de mis presuntos clientes varios modelos de necrologías, que pueden ser adquiridas por cantidades módicas y a plazos escalonados.

Modelo número 1. — Tarifa económica. Clase R. I. P. (Aplicable al honorario comercio.)

«Rendido al ciego empuje de una laboriosa dolencia, ha saldado su existencia el probo, integérrimo, honesto, celoso, digno y constante industrial D. N. N. Fiel a sus principios de seriedad, bastó que la Parca le presentase a la vista la fatídica letra, para que el austero indus-



Dib. JURIN. — Madrid.

— Trabajando mucho, ¿eh, señor Dalmacio?

— Sí, hijo, sí; aquí me tienes todo el día haciendo el burro...

trial, haciendo un último honor a su vallicierguesca firma, la aceptase.

»Como póstumo elogio a la imperecedera memoria de D. N. N., nos complacemos en hacer constar que siempre ha vendido sus existencias a precios de catálogo, siendo la suya propia ¡la única que ha liquidado en cincuenta y dos años de vida comercial!

»Por especial deseo del finado, el entierro se verificará en el Este, para satisfacer el deseo sentimental de que le lleven por las Ventas.

»¡Descanse con toda comodidad el alma del pudibundo comerciante!

Modelo número 2. — Tarifa de consideración. Clase A. P. A. T. (Aplicable al infatigable menestral y en estilo Casero (D. Antonio), que gusta mucho en los alrededores de la fuente de Ca-bestreros.)

»Ayer la diñó, diciendo «¡A las tres!», que era su costumbre, el probo e infatigable oficial de pala de la tahona de la Gorguera, Remigio Tirapatraga, más conocido por el *Tutancamen de la Costanilla*.

»En los veinte años que manejó los remos por esos hornos, no sembró más

que gratitudes y *rajaos*. ¡Era un castizo el pobre *Tutancamen*! ¡Que Dios le haiga perdonao las veces que sacó los ceneques crudos, y ya sabéis que, en sufragio de su alma, se servirá una ensalá con huevos duros y aceitunas negras en el merendero del Alirón, al retorno del sepelio!»

La gerencia de «Necrologías a plazos» posee hasta seiscientos siete modelos distintos, no faltando en ellos ninguna clase social, ni particular psicología, que puedan ser servidos a su gusto.

Desde la necrología poética clásica, que comienza diciendo:

«Era mayor su espíritu gigante que su humana y efímera envoltura, y pudo así soltarse en un instante el alma de don Diógenes Morante, que anoche falleció de calentura»,

hasta el elogio póstumo en forma ultraísta, que reza así:

«Dormía.
¡Jmn, jmn!
Roncaba.
¡Bssss! ¡Bssss! ¡Bssss!
El aire entró por el balcón,
como un ladrón,
y se mordió en el pecho.

¡Basilisco
que le mordía
¡Zast!
¡Pulmonial
¡Hecho cisco!
¡Pobre Aniceto Santamaría! ..»,

... no falta un detalle en la organización de la nueva industria.

Y no hay temor de que nuestro negocio quiebre. Tal como está pensado, no es posible que tenga deudores. Los pagos se efectuarán en tres plazos: el primero, a la contratación de la necrología; el segundo, cuando nuestro distinguido cliente adquiriera una pulmonía doble, algo de tifus o un poquito de peritonitis; y el tercero y último, al serle administrados los Santos Sacramentos.

La falta de pago del último plazo anula el contrato, y en lugar de la *necrología* convenida, se publicará otra (modelo único), que comienza así:

«El elegante y distinguido cerdo que anoche tuvo el acierto de acabar de hacer el buey en este grato valle de lágrimas...»

Por la gerencia,
FRANCISCO RAMOS DE CASTRO



Dib. ARTETA. — Bilbao.

EL JUGADOR (al árbitro). — Buero, ¿y usted, qué pito toca aquí?...

LA INHUMANA HUMANIZACIÓN DEL ARTE

Hay determinadas personas en el mundo para las cuales no tiene valor una obra de arte como no encuentren en ella, vivo y palpando, un «pedazo de realidad». Cuando estas personas se encuentran con determinadas pinturas, como las del Greco antiguamente, y como tantas de hoy, se convulsionan de furor y sienten en el acto la necesidad de increpar a los antepasados del artista, todo porque las figuras de la obra no se parecen a las figuras del natural, porque hay luces en los lienzos que no encontramos por ninguna parte en la vida, y porque, en fin, «aquello» que está en el cuadro no puede «haber pasado» ni pasar en ninguna época ni pueblo.

Los artistas de ese género insisten, sin embargo, en esas obras, aun a riesgo de que les mienten la familia. No acaban de comprender el empeño de los contrarios.

«¿Para qué querrán encontrarse en mi cuadro — se preguntan — con un tranvía igual igual al tranvía que toman para ir a la oficina? ¿Para qué, si no podrán tomarlo como el otro en caso de que pierdan el auténtico?» «¿Que dónde había yo visto — me preguntan — lo que pinto en mis cuadros? Pues en ninguna parte, señor; por eso precisamente pretendo que me den dinero por mi cuadro: porque encontrarán en él lo nunca visto. Si en mi cuadro no hubiera puesto nada más que la portera de la casa del comprador, no tendría derecho a pedir dinero a cambio de un espectáculo que ve gratuitamente a diario sin más que bajar las escaleras.»

«¿Para qué quieren ustedes — siguen diciendo los artistas — que un lienzo represente a una mujer «que se está saliendo del cuadro», si por mucho que se salga, no se saldrá de veras cuando queráis salir con ella?»

¿Por qué ley de tres ha de ser un hecho artístico el que la suegra de un señor esté hablando en un cuadro? ¿No es un suplicio, en vez de un beneficio, tener colgado en la pared del comedor una de esas naturalezas muertas, en donde se ven gallinas, trozos suculen-

tos de ternera, tortillas, huevos fritos y rajas de melón, y tener que estar aguantando el espectáculo, terrible si nos falta que comer, y terrible también si hemos comido? Además, ¿en qué, vamos a ver, en qué se parece, después de todo,

presenta un hogar de clase media en posición más que mediana: el marido se aburre mortalmente; encuentra en el guisado poca carne, y en su señora demasiada; los vecinos de arriba dan patadas en el techo — en el techo de los

de abajo, por supuesto —; la criada gruñe, porque no la dejan sisar; los chicos tienen la tos ferina y el gato se empeña en prescindir del cajón y el serrín adquiridos ex profeso... «¡Admirable!... — exclama entusiasmado el espectador —. ¡Parece enteramente que está uno en su casa!... ¿Me quieren decir qué sentido tiene ese entusiasmo, si acaba de escapar de su casa y marcharse al teatro precisamente porque se le caía la casa encima y estaba hasta el pelo de niños, de señora, de vecinos, de gato y de criada?... El encanto de las cosas está siempre en que

parezcan precisamente que no son lo que son: los dientes, perlas; las perlas, lágrimas; las lágrimas, rocío; el rocío, diamantes; los diamantes..., diamantes: lo que no son jamás precisamente.

Un sombrero de copa, por ejemplo, es atractivo porque parece un tubo de chimenea; y un tubo de chimenea, porque parece una chistera.

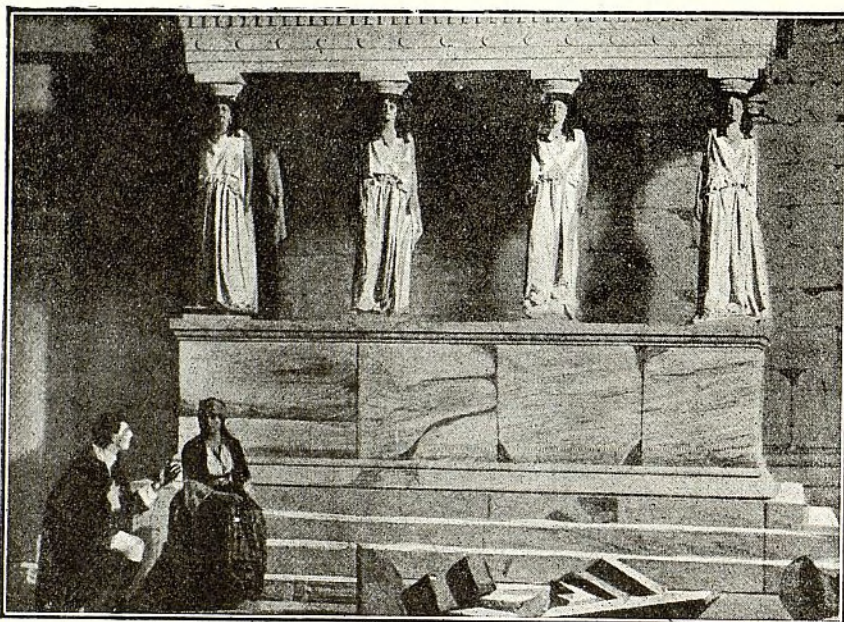
Vemos una mujer encantadora, y decimos para ponderar su encanto: «¡Oh, parece un ángel!»; precisamente lo contrario. Así, con todo.

Los contrarios, en cambio, replican: «No, señor. El espectáculo que más nos enajena es el de todo aquello que se nos parece o que se parece a lo nuestro. Por eso no hay espectáculo más grato que el de contemplarnos al espejo. No nos cansamos nunca de mirarnos.»

El hombre, en el arte, quiere espejos donde mirarse y encontrarse.

En el lugar de X*** se recrudeció, no hace mucho, esta discusión eterna entre partidarios de los «trozos palpitantes de realidad» y sus contrarios. Y para apabullar a éstos, se les ocurrió a los primeros recurrir a la erudición, y dijeron:

— Ahí está, *sin ir más lejos*, el caso de los griegos: primero, inventaron la columna; pero después, comprendiendo



a un huevo frito un huevo al óleo? ¿Dónde está la realidad de un huevo en el que no puedo mojar pan, ni tragar, ni digerir? ¿Hay algo más convencional que eso que llaman el realismo y «los trozos de vida palpante»? Y ¿hay algo más absurdo?

Un señor va al teatro; la comedia re-



que aquel cilindro liso no tenía gracia, por no ser realista, sustituyeron las columnas por personas. Los atlantes y las cariátides son, respectivamente, señores y señoras que, en vez de las columnas, sostienen con la cabeza el entablamento y demás.

¡Eso es realismo, y eso es ocurrencia, y eso es arte, porque eso es lo que en todas las casas pasa siempre: que son las personas las que llevan el peso de la casa...

Al escuchar los contrincantes este último y definitivo argumento, no replicaron más:

— Tenéis razón — dijeron —; quedamos convencidos de que allí donde no hay «propiedad», no vale el arte.

»Proponemos, pues, una reforma última y rotunda: pongamos, en vez de las cariátides de piedra, señoras de verdad: fué el único detalle que se les olvidó a los griegos...»

Y cogiendo a las señoras y parientes de los amigos de lo «propio», formaron entonces con «trozos de vida palpitante» el monumento asombroso que podéis admirar en la reproducción que acompaña a estas líneas.

MANUEL ABRIL



Dib. GARCÍA IÑEZ. — San Sebastián.

— ¿Terminaste con Luis?... ¿Fué un amor pasajero?...
— Sí, pasajero...; pero de ¡primera!...

¡ESCRIBAMOS CLARITO!

POR JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Te contestaría...,
quienquiera que seas...,
oh, guasón, que una carta me escribes
que no hay quien la lea.
En ella (y lo saco
por palabras sueltas
que he podido pescar) me censuras
de mala manera.
Mas di, ¿por qué escribes
(o garrapateas)
de tal modo que no hay quien descifre
tu firma siquiera?
¿Son explicaciones
lo que tú deseas
por alguna alusión poco grata
de mis cuchufletas?
¿Qué rabos de diantre
son esos que empleas?
El que no sabe hacer ni palotes,
que vaya a la escuela.
No exijo que escribas
como Iturzaeta;
pero sí que estén claros al menos
el nombre y las señas.
Hay gentes vulgares
que están en la idea
de que es cosa de sabios y genios
tener mala letra;
y médico ilustre,
o eximio poeta,
que no viva escribiendo de un modo
que nadie lo entienda;

según dice el vulgo,
bien claro demuestra
con hacerse entender de la gente
que no es eminencia.
¡Mentira! Quien hace
discursos, recetas
o romances, ¿el fin no persigue
de que le comprendan?
Si escribe un enigma,
por bueno que sea,
¡todo aquello que ha escrito se puede
mandar a la... espuerta!
No sólo hay quien hace
rasguños por letras;
lo más chusco del caso es que hay socios
que de ello alardean,
y dicen riendo
(o *in mente* lo piensan):
— ¿Valdré mucho?... Porque lo que escribo
no hay Dios que lo lea.
¡Tes, enes y jotas,
bes, haches y zetas,
perdonad a los genios que en patas
de mosca os conviertan!
Los que hacen palotes
o *novejarquean*,
que a su vez me perdonen si puedo
causarles molestia.
Y a tí, ¿qué decirte,
oh autor de la esquila?
Pues... que «más eres tú...» (por si acaso
me insultas en ella).

Los espectros de los parientes

Voy a confesar algo muy terrible que nunca pensé dar a conocer a nadie; algo que, desde hace dos meses, me obliga a vivir en continua convulsión...

Tengo los nervios más alterados que un barómetro de bazar, y el organismo más deshecho que un temporal marítimo. Pero vamos por partes, como los telegrafistas.

Ante todo, diré que no me tengo por un histérico, sino por un tío equilibrado y tranquilo. En una ocasión recibí un anónimo en el que aseguraban que me iban a matar en un plazo de dos días, e invertí aquellas cuarenta y ocho horas en comprar muebles a plazos. De ahí proviene mi actual ruina, puesto que no me mataron y aun estoy pagando ochocientas pesetas mensuales por un *atrezzo* que hay que sonreírse del que tienen en su teatro los señores Díaz de Mendoza. Esa conducta es la de un hombre de sangre *frappé*. Mi sueño es más pesado que la ley Hipotecaria. Pues bien: hace sesenta noches que sufro alucinaciones y que me visitan varios fantasmas.

Os contaré lo ocurrido. La noche del 4 al 5 de enero pasado me acosté tranquilamente después de leer seis páginas de la Lógica de Abel Rey, sistema para conciliar el sueño, que utilizo desde mis nebulosos días infantiles, cuando oí tres golpes dados en la pared. Como en mi casa no hay más vecinos que un sereno, y el hombre pasa las veladas fuera del domicilio inaugurando porta-

les, comprendí muy pronto que los golpes provenían del *más allá*. Me estremecí, como si estuviese viendo a las nadadoras del circo Americano. E inmediatamente me tapé la faz con el embozo, como hace todo el que estando acostado tiene miedo.

Como si no. A pesar del mutis bajo la colcha, percibí claramente el ruido que hacían las dos sillas que decoran mi alcoba deslizándose por el pavimento.

— ¡Vaya! — pensé —. Me ha caído en suerte el espíritu de Raffles, y está desamoblando la casa.

El ruido seguía cada vez más fuerte, y mis dientes, chocando unos con otros, aplaudían el estrépito. Acudí a la voluntad, y persuadido de hallarme ante el ánimo de Raffles, grité:

— ¡A mil... ¡La policía!...

Pero mi grito no surtió efecto. Declamé varios versos, confiando en que siempre que lo he hecho delante de amigos me he quedado solo, y el ruido persistía. Pretendí encender la luz, y la bombilla no obedeció al conmutador. Busqué la caja de cerillas, y observé que no tenía ninguna. Intenté hacer fuego frotando las maderas que arrancé de la cama, y como si frotase dos pisapapeles.

A oscuras, y lleno de congoja, pasé la noche; durante ella oí claramente los pasos de un fantasma que brujuleaba por mi cuarto; escuché cómo se lavaba

las manos en mi propio tocador, y cómo se afeitaba con mi propia Gillette. Al amanecer, el fantasma se marchó, llevándose una cajetilla de cigarros que tenía en el bolsillo de mi americana.

Entonces comprendí que mi tío Eustaquio, muerto hace tiempo, y poseedor de esa rara habilidad de llevarse el tabaco misteriosamente, era quien había pasado la noche en mi alcoba.

Puse el caso en conocimiento de una amiga, ducha en cuestiones psíquicas, y me advirtió que rezase un Padrenuestro al tío Eustaquio. Así lo hice al acostarme, y volví a recibir la visita del tío, el cual se pasó toda la noche fumando.

Torné a consultar con mi amiga, y me aconsejó que dijera una misa al tío, porque, sin duda alguna, penaba en el Purgatorio. No comprendí qué pena puede ser la de un individuo que no se ocupa en nada y fuma de gorra; pero mandé decir la misa inmediatamente.

El fantasma volvió a la otra noche; ya era visible: venía vestido con un traje de pana. Al entrar, me dijo:

— Gracias, sobrino; eres muy amable, y te quiero mucho.

Y se pasó la noche sentado a los pies de la cama haciendo solitarios.

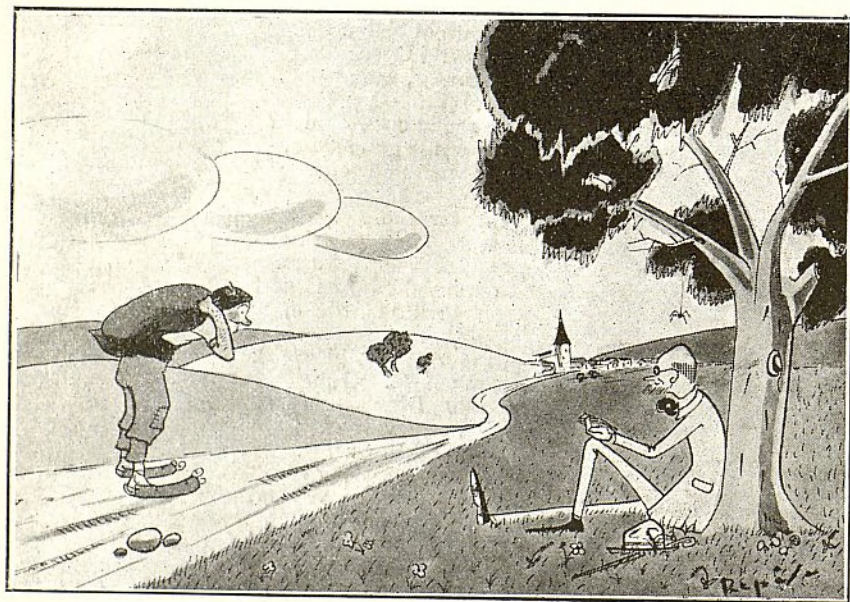
Por indicación de mi amiga, y ante la insistencia del fantasma, ordené decir misas a todos los parientes contemporáneos hasta la quinta generación, y comencé a buscar la línea de mis ascendientes en 1490, para que también les dijieran misas de mi parte.

Mis noches eran espantosas, porque los favorecidos por las misas venían todos a darme las gracias y a hacerme compañía. Las noches son largas y un poco aburridas. Los fantasmas de mis muertos ideaban multitud de cosas para divertirse: jugaban al zurriago, al marro, al paso y la uva; se me llevaban los libros, los vestidos colgados en la percha, los aperos de higiene; uno de ellos, noches pasadas, empezó a quitar los mosaicos del pavimento, y pronto le secundaron todos, encantados de haber hallado tan singular entretenimiento.

No pudiendo resistir más, invité a mi vecino el sereno a que me dejara ocupar su plaza. Accedió, mediante una gruesa suma en duros de la República. Me dediqué a abrir portales; pero mis agradecidos difuntos me siguieron en la nueva ocupación, deseando serme útiles.

Y, por fin, he conseguido verme libre de semejante compañía, porque mientras yo leo los diarios de la noche a la luz de un farol, ellos abren los portales a los vecinos y les dan una cerillita para que suban con facilidad la escalera.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



Dib. REPISO. — Madrid.

— A propósito, don Aquilino: ¿qué hago para que se me vaya el catarro?
— Date yodo, mucho yodo...; pero ten cuidado no se te vaya a caer el pellejo.



Caricaturas de FRESNO. — Madrid.

TEATRO ELDORADO

UN NUEVO SERVICIO DE "BUEN HUMOR" CORRIDAS DE TOROS EN TODO EL MUNDO

(RESEÑAS TELEGRÁFICAS DE NUESTROS CORRESPONSALES)

BURDEOS

La course de taureaux, annoncée pour le vendredi, et qu'il fût nécessaire de suspendre par avoir tombé avec un attaque de nerfs les deux matadors, a été célébrée aujourd'hui.

Les biches de la ganaderie de monsieur le duc de Regarder-l'eau, nonobstant être fort bien présentés, n'ont donné jeu. Difficiles, bronques, hauts comme la cathédral de Reims (avant le

bombardage par les allemands), et manes perdus (comme la plupart des maris parisiens), les pauvres toriers et ses cuadrilles ont marché de tête tout le soir. Les six cornupètes ont été reintegrés à la basse-cour, complètement vifs et avec toute la santé que je pour moi désire.

Le public a armé un imposant scandale, en demandant la dévolution de l'argent. Et comme rendre l'argent n'était pas possible, il a prétendu exiger la tête des lidiatores.

Les paroles grosses, les coups de bâton et les pommes de terre violemment lancées sur le physique des astres coletudes, ont constitué la note sympathique de la fête. — JACQUES DUPONT.

ROMA

Questa sera, y a la Piazza Monumentale, ha sido donnatta la corridda de torinos, annunziata per la festività de l'Annunziazione e a la quale ha assistito Gabriele d'Annunzio.

Gli destri, Mazzantini e Lombardini, fatali.

Han ricevutto sette avissi, quaranta tomattazzi, e para finale la visita della Guardia civile.

Il secondo torino ha sido castigatto con piccolas bandieras de fuoco, ma l'espettatori gridaban que las piccolas bandieras fuesen possattas sobre'l matadori (il quale non ha mattato niente en la sua vita, al nostro umilde parere).

Domani per la mattina se donnarà una altra corridda de torinos (torinos vermout, según rezza il cartele) per accedere all'ardente desiderio de Mussolini.

La Sua Santità ha promettito la benedictione en el casso sicuro de que sean mortos los liddiattori, bene per gli cornupetti, bene per l'espettatori. Qüesto último e lo piú facile. — TOMASSO FARINETTI.

MÉJICO

Toros de Piedras Negras, ladrones no más.

¡Andele, ganadero, y váyase a la quinal

Gaona, fatal, mi jefe. Salió a que le tocásemos dianas y tocámosle pitos, compadre. ¡Qué corridda más chinchada!

El otro matador, infame, ¿no?

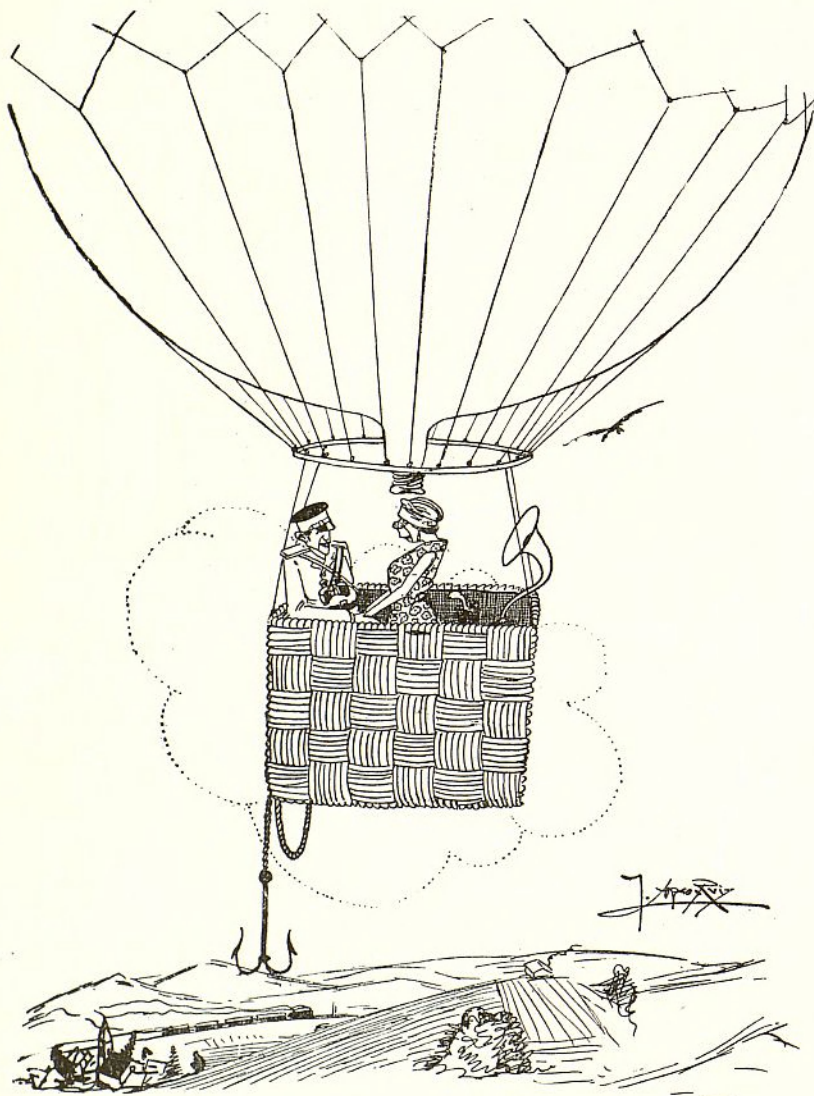
Los lances que dió al tercero eran para Tampico, aunque creemos que en Tampico no cuelan tampoco, ¿sabe, amigaso?

¡Carijo, y qué requetemaal lo pasamos, general! ¡Ni en Mazatlán, ni en Chapultepec, ni en Texcoco, se hubiese tolerado esa bueyada!

¡Chinito, qué abuso! ¡Y a tres pesos la entrada! ¡Ni los bandidos de Jalapa, mi amigo! — PANCHO TUMANGA.

SEVILLA

La corria selebrá ayer, a benefisio de las madres de los empleaos sesantes hase seis meses por no ir a la ofisina



Dib. LOPEZ RUIZ. — Madrid.

— ¿De verdad te parezco tan bonita?

— ¡Como que para mí no hay una mujer más bonita que tú en el Globo...

hase quince años, ha sío un éxito chipén. La plasa estaba completamente yena, porque las localidades que no se vendieron se regalaron a los pobres. Los que más disfrutaron fueron los siegos del Asilo de San Judas, porque tuvieron la suerte de no ver las cosas que se hacían en el redondel, y los que peor rato pasaron fueron los toros de Miura, que tuvieron una muerte espantosa que para relatarla haría farta la pluma de Sófo-cles, mojada en sublimao corrosivo o en el café con leche que sirven en los bares.

El primero finó de catorse estocadas, de las cuales ninguna quedó en er sitio debido. El único que quedó en er sitio, ¡¡al fin!! fué er toro. ¡Pobre animal! ¡Merésia mejor muerte! ¡Y pa qué vamos a andarnos con tonterías: el matador también merésia mejor muerte! ¡Lo que pasa es que no se la dieron!

Los otros sinco morlacos reunieron entre toos trescientos veintitrés pinchasos, ¡y ninguno por *las agujas*!, cosa extraordinaria, y que no nos explicamos.

El tersero fué un toro de bandera, y tal pánico le entró a la cuadriya, que estamos seguros de que las taleguiyas fueron de lavandera.

Los matadores fueron sacaos en hombros de la plasa, y llevaos así hasta la cársel, donde continúan.

La carne de los toros, aunque muy mal picada, porque los picadores hisieron un verdadero estropisio, ha sido entregada a los hospitales pa arbondiguiyas. Er público había pedido que le fueran entregaos los toreros pa lo mismo.

En vista del lisonjero resultao económico, se piensa en repetir la fiesta, en el caso de que haya toros que no tengan inconveniente en prestarse a que hagan con eyos lo que han hecho con sus compañeros, cosa que se duda mucho que suseda. — *Pepe Luis Brenes*.

LISBOA

A festa tauromaca organissada pela Sociedade de la praça da rua da Trindade ha sido una tomadura do pelho.

Os touros, os toureiros, os picadoires e os monos talentossos nos han feito la Pascoa.

Os cavalheiros en praça nao han gustao. ¡Nao son cavalheiros..., pois nao pagaron na fonda la summa de 500 reis qu'adeudaven na patrona!

O primer espada, moito sinvergüença, na simulassao da morte d'os cornúpetos (d'os cornúpetos... que nao eran más que tres).

A quadrilla, moito más sinvergüença. El povo portuguez quisso cascaes, pero as autoridades nao consintieron.

Moito lindo o desfile.

Peus de cavallo mortos, mil cuatro-cientos e pico. = *Antero Queipo da Torre das Vargens Vasconcellos da Cintra y Peço de Guimaraes y Silva*.

Por la recepción de los despachos,

ERNESTO POLO

EMILIANO RAMÍREZ ÁNGEL



Colaborador asiduo de BUEN HUMOR, discípulo predilecto de don Benito!, poeta, novelista, ensayista, cronista, articulista y excelente camarada, a quien un Jurado de ases ha concedido el Premio Mariano de Cavia, doctorándole en la facultad de buena y amena literatura, con gran satisfacción y regocijo de toda la Redacción de este semanario.

LOS ÉXITOS TEATRALES CASTIGO DE DIOS

A la amabilidad de sus autores, Sres. Muñoz Seca y Pérez Fernández, debemos el gusto de ofrecer a los lectores de BUEN HUMOR una escena, regocijante, como suya, de la lindísima comedia, con gotas musicales del maestro Barrios, estrenada recientemente, con gran éxito, en el teatro de Eslava.

ACTO PRIMERO. — Escena cuarta.

Cuco (un cateto que trae una reja de arado, en el foro, sin pasar de la puerta, y dando siempre la impresión de que viene muy escamado). — A la pa e Dió.

Mosquito. — Buenas tardes.

Todos. — Buenas.

Mosquito. — Pase usted, amigo.

Cuco. — Gracias. Es comodidá.

Mosquito. — Lo que usted guste.

Cuco. — ¿Es verdá eso que disen de que aquí se trabaja de barde?

Mosquito. — La chipén de lo chipendi.

Cuco. — ¿De barde, lo que se dise de barde?

Mosquito. — Señó. ¿Qué quie desí de barde? ¡Pues de bardel! Que se muera usted si no es verdá.

Cuco. — O que se muera usted.

Mosquito. — O que se muera usted, sí, señó.

ZAGALEJO. — Pero entre usted, amigo.

Cuco. — To se andará. De mo y manera que de barde.

Mosquito. — Y dale; sí, señó.

Cuco. — Güeno, ¿y por qué?

Mosquito. — Hombre, porque ya nos hemos cansao de ganá dinero.

Cuco. — Me escamo.

Mosquito. — Escamao viene usted desde que salió de su casa, compare.

Cuco. — Verdá que sí. Como que yo acabo de yegá der campo, ¿sabe usted? Y mi Juana va y me dise: Cuco..., porque a mí me disen er Cuco...

Mosquito. — Por muchos años.

Cuco. — Y que usted los viva en compañía de los suyos.

Mosquito. — Muchas gracias.

Cuco. — No hay de qué darlas.

REALITO. — Gracias, amigo.

Cuco. — No hay de qué.

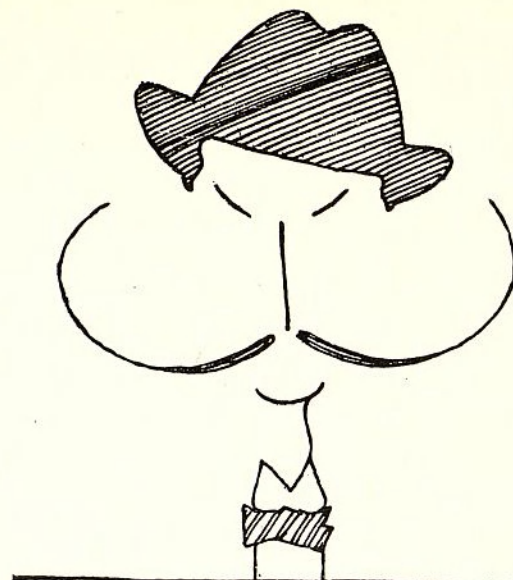
ZAGALEJO. — Lo mismo digo.

Cuco. — Y lo mesmo contesto.

Mosquito. — (Chavó, y qué grullo más afinao.) Siga usted, caballero

Cuco. — Sí, señó. Pos va mi Juana, y me dise: Cuco, por ahí anda el tole tole de que en la jerrería de Curro Parmares se trabaja de gratis. Y voy yo y le digo: Pos me vi a llegá con la reja del arao, en que me den coasos en la bulla y tenga que jase cola; y como aquí ni hay cola, ni hay bulla, ni hay na, estoy una mijita escamao.

Mosquito. — Pos eso con verlo basta. Y pa que vea usted



Pedro Muñoz Seca.



Maestro Barrios.



Pedro Pérez Fernández.

Caricaturas de F. LÓPEZ RUBIO.

que es verdá, en premio de que es usted er primero en vení, le vamos a poné filo a esta reja de barde, y ensima le vamos a da a usted de regalo dos sartenes, dos tenasas y esta garrucha pa er poso.

Cuco. — ¿A quién? ¿A mí? ¡Quial! Quearse con Dió. (Se va escapado.)

Mosquito. — ¡Pero, hombre!

ZAGALEJO. — ¡Pero oígal...

REALITO. — ¡Oiga usted!

CUCANA. — ¡Chavó!

CUSTODIA (entrando en escena). — ¿Qué pasa?

ZAGALEJO. — Uno que, porque se le va a trabajá de gratis y con un regalo encima, s'ha asustao.

Mosquito. — Sal tú por él, Realito.

CUSTODIA. — Claro, la gente está acostumbrá a to lo contrario, y si ve ahora esto, desconfía. Tú ponte en er caso de que vas a la tienda de Colosía y que compras un cuarto kilo de asuca, y que preguntas cuánto es, y que te dise el amo: esto no es na, y ensima se va usted a llevá dos reales de queso, tres onsas de chocolate, y véngase usted conmigo al escritorio, que le vi a cantá por lo bajini unas malagueñas. Pues lo menos que jases es sortá el asuca y salí pidiendo socorro.

REALITO (en la puerta del foro, con la reja del arado y forcejeando con el Cuco). — ¡Venga usted acá, hombre!

Cuco. — ¡Que me suerte usted la reja, mardita sea la ma, que usted no sabe lo bruto que yo soy!

CUSTODIA (al Cuco). — Vamos, hombre, no se ponga usted así. ¡A ve, muchachos, afilá esa reja de seguía, que vea aquí el amigo que se trabaja de barde y bien.

Cuco (encandilado, soltando la reja, que pasa a poder de Cucana y Muñuelo, que se enredan con ella). — ¡Josúl... Güenas tardes.

CUSTODIA. — Buenas tardes.

Cuco. — Entre tanto tío tiznao no había yo reparao en usted. ¡Un rayito de só en un tune!

CUSTODIA. — ¡Ole!

Cuco. — Con permiso de tos los presentes, bendita sea su cara de usted. Y de barde o no de barde, ya me da lo mismo. Me ha pasao usted la mano por el lomo, como aquer que dise, y un mulo es, y lo agradece.

CUSTODIA. — Bueno, siéntese usted.

Cuco. — Sí, señora, que me siento. Y a su vera de usted, aunque esté entre dos fuegos: er de la fragua y er de sus ojos. (Se sienta. Todos los gitanos se quedan con la boca abierta.)

CUSTODIA. — Muchas gracias.

Cuco. — Las que usted desperdisia.

REALITO. — ¡Arromales con el catetol!

ZAGALEJO. — ¡Chavó!

Cuco (a Custodia, en son de piropo). — ¡Madre de mis ojos!... ¿Sabe usted lo que le digo?

CUSTODIA. — Venga de ahí, que me tiene usted embelésá.

Cuco. — Pos... (Al ver que todos los gitanos están pendientes de sus palabras.) Pos que yo, las dos sartenes, las dos estenasas y la garrucha pa er poso, me las llevo, porque er trato es trato.

CUCANA. — Y diga usted, güen amigo, a esta estrujá ya le hemos puesto el filo aquí otra vez.

Cuco. — No, señó; yo trabajo en la jasienda de «Las Marroteras», y los amos de «Las Marroteras» son parroquianos de la otra jerrería.

Mosquito. — «Las Marroteras». ¿Fué allí donde mataron a Joselito Remonta?

Cuco. — Caye usted. No me hable usted de ese crimen,

que yo lo vi, y en seguía güervo yo a desí que he visto ningún crimen.

CUSTODIA. — ¿Por qué?

Cuco. — Mire usted, rosita de Francia. Yo podía tené ajorao ar pie de setenta napoleones; pero desde Pascuas acá se me han derretío como la cera. «Que si fué usted testigo.» «Que si venga usted der campo a declará y pierda usted un día.» «Que si venga usted otra ve y pierda usted otro.» «Que hay que echá una firma.» «Que si vaya usted a Cai.» «Que si güerva usted de Cai.» «Que si güerva usted a gorvé a Cai.» «Que si se suspende er juisio.» «Que si va a salí el juisio.» «Que si dale.» «Que si toma.» «Que si tú gastas, que en Cai te lo darán.» «Que en Cai no me dan na.» «Que si er vapó, que si er coche, que si...» Totá: que al Reme-lao le han salío dose años de presiyo; pero a mí me han salío setenta duros como setenta luceros, por habé visto un crimen que, ¡señores, ve uno una función de teatro, que es más larga, por cuatro cuartos!

REALITO. — Tiene usted razón, compare.

Cuco. — Seguro está de que yo güerva a ve una esaborisión de ésas, aunque pase junto a mí, que er ver una m'ha costao los ojitos de la cara y me he quedao siego pa ciento y un día. ¡Mardita sea la ley!... ¡Aunque sea yo er muerto, no digo que lo he visto!

Mosquito. — Y hase usted bien.

REALITO (por la reja). — Güeno; esto va a está listo en lo que canta un gallo.

Cuco (levantándose). — Pero de barde, ¿eh?

REALITO. — Sí, hombre, sí. ¿No ve usted que lo que nosotros queremos es serrar la otra jerrería, que ha bajao los presios?

Cuco. — ¡Ah, ya, vamos! ¡Ya podíais haberlo dicho! Hombre, está bien. Lo que está bien, está bien. Yo soy un amigo de Rafael Mulero, y a ustedes no los había yo visto en mi pajolera vía; pero una cosa no quita la otra. ¡Hombre, se meresen un orsequio!

Mosquito. — ¿Qué va a se? Un cigarrito, ¿no?

Cuco. — ¡Qué cigarrito ni qué cigarrito! ¡La muerte de la otra jerrería, que la tengo yo en mi mano! Ayé se trajero de la jasienda pa casa del amo lo menos cuatro quintales de rejas, azaones, joses y hasta una máquina de cosé descompuesta, y to iba a di a la otra jerrería. Suman un pico de reales. Pero s'acabó, que yo sé agradece una finesa que a mí se me jaga. Ahora mismo voy a casa del amo, y convenso al amo, y ya estoy aquí con un carro cargao con to lo que jaya de jierro pa componé. Yo seré lo que sea, pero soy agradezio. Ya estoy aquí. (Vase.)

Mosquito. — ¿Lo veis ustedes? ¡Por componer una reja de gratis, nos cae trabajo pagao!

REALITO. — Hombre, sí.

Cuco (por la ventana). — Pero de barde, ¿eh? ¡De bardel!

Mosquito. — ¿Eh?

Cuco. — ¡Y a ve qué me regaláis ensima!... ¡Condió! (Desaparece.)

LAS COSAS DE LOS TEATROS

¿CASTIGO DE DIOS?

Una maldición gitana es algo muy serio, y de lo que debemos huir a todo trance. Cosa por el estilo se proponen demostrar — y lo consiguen — Muñoz Seca y Pérez Fernández con su zarzuela *Castigo de Dios*, estrenada con positivo éxito por la compañía de comedias del teatro de Eslava. Como puede verse.

Un gitano mata en defensa propia al padre de su enamorada, y ésta y la Fatalidad se dedican a buscarle las cosquillas al matador, hasta conseguir que un hijo de éste muera de enfermedad desconocida.

Si no se nos tachase de indiscretos, nos permitiríamos preguntar a los dos Pedros las señas de la familia en cuestión, principalmente las de la protagonista. Queremos a todo trance agradecerles a unos cuantos ciudadanos las atenciones que nos dedican, y nos seduce la idea de pedirle a la gitanilla una buena maldición de esas de efecto rápido. Quedaríamos vengados y nos evitaríamos incidentes de carácter lamentable.

Porque, a juzgar por la zarzuela, las cosas malas ocurren a medida de los deseos del ofendido, de la misma manera que la piedra arrojada desde un balcón cae sobre el empedrado de la calle: es una ley física.

Así sucede en *Castigo de Dios*.

Lugar en el que aparece el gitano Mulero; lugar en el que se presenta la mujer vengativa: Victimario — la gitana — es a la víctima — el pobre hombre — como el humo al fuego, como la *caladura* al

chaparrón, como el discurso de nuestro admirado D. José Francos Rodríguez al banquete de matiz literario, periodístico, artístico, científico, deportivo, taurino, político, etc., etc., etc.

Y, al cabo, el *gañafón* de la Fatalidad, sin que la sombra negra — que es blanca y rubia, Catalina Bárcena — tenga que hacer uso de las armas que lleva a prevención, unas veces porque la pistola está descargada, y otras porque ya el castigo de la Providencia ha caído inexorable sobre la cabeza inocente de un niño...

Después de lo cual, lo único que nos inquieta es comprobar si un castigo de Dios puede llegar a ese extremo, y si la enfermedad que arrebató la vida a la criaturita fué el sarampión, la meningitis, la difteria..., o un golpazo contra los barrotes de la cuna.

¡Porque como, según Muñoz Seca y Pérez Fernández, la Providencia no se para en barras con tal de servir a un gitano maldicientel...

"DESCONFÍA DEL QUE NO BEBA VINO"

El comediógrafo Paco Vizu, los actores Vicente Mauri, José Bódalo, Emilio Díaz, Joaquín García León, Luis Martínez Tovar, el pintor Julio Romero de Torres y los caricaturistas Bagaría, Sancha y Aristo Téllez, y otras muchas personalidades, tienen una especie de superstición gitana que se condensa en la frase que sigue: «Desconfía del que no beba vino.»

Frente a tan autorizadas firmas, se levantan las de Pedro Muñoz Seca y

Pedro Pérez Fernández. Estos no llegan a decir que desconfiemos del que le guste empinar el codo; pero lo intentan demostrar con su otra comedia *Los chatos*, estrenada también con gran éxito hace pocos días.

Los «chatos» son mortales de necesidad. La dorada y embriagadora manzanilla andaluza produce efectos desastrosos, tales como poner en ridículo a un serio pastor protestante; obligar a hacer mil canalladas a un pobre diablo — ¡qué tortura la de García León, teniendo que interpretar un papel así, e interpretarlo maravillosamente! —; hacer casar a dos muchachos que en el fondo son tontos de remate; provocar un desaguisado de orden íntimo, que también se remata en boda; alterar, en una palabra, el ritmo plácido de diversas familias, de distintas nacionalidades, que podrían vivir tranquilas y felices, si no fuera por la influencia decisiva del vino sanluqueño.

Tres o cuatro comedias como *Los chatos*, y la «Ley seca» de los Estados Unidos se implantaba en España a la vuelta de medio año... Lo cual, en el fondo, es una mala faena al comercio y a la industria nacionales.

Ahora bien. A nosotros nos han asegurado que la actitud de Muñoz Seca y Pérez Fernández se inspira en un terrible deseo de venganza. Dicen que algunas de las comedias de los populares autores fueron escritas bajo la influencia, que ellos creen nefasta, de la aromática manzanilla.

Y si ello es así, la cosa tiene disculpa. Aunque se indignen las personalidades más arriba mencionadas... Y con cuyas creencias, muy tímidamente, y sin apasionamiento alguno, comulga el que suscribe.

UN NAUFRAGIO

Una noticia que regocijará — hay que ser sobre todo *compañeros* — a muchas tertulias de cómicos:

Se ha ido a pique la más importante formación para América que se registró en los últimos tiempos.

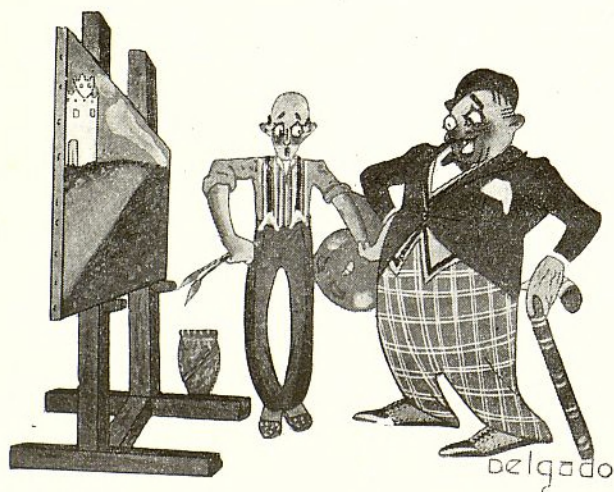
Quedan *náufragos* varios artistas que rescindieron sus contratos con las Empresas de diversos conjuntos, sin duda deslumbrados por el espejuelo del oro americano.

Felicitemos a los cesantes por su perspicacia.

UNA PREGUNTA

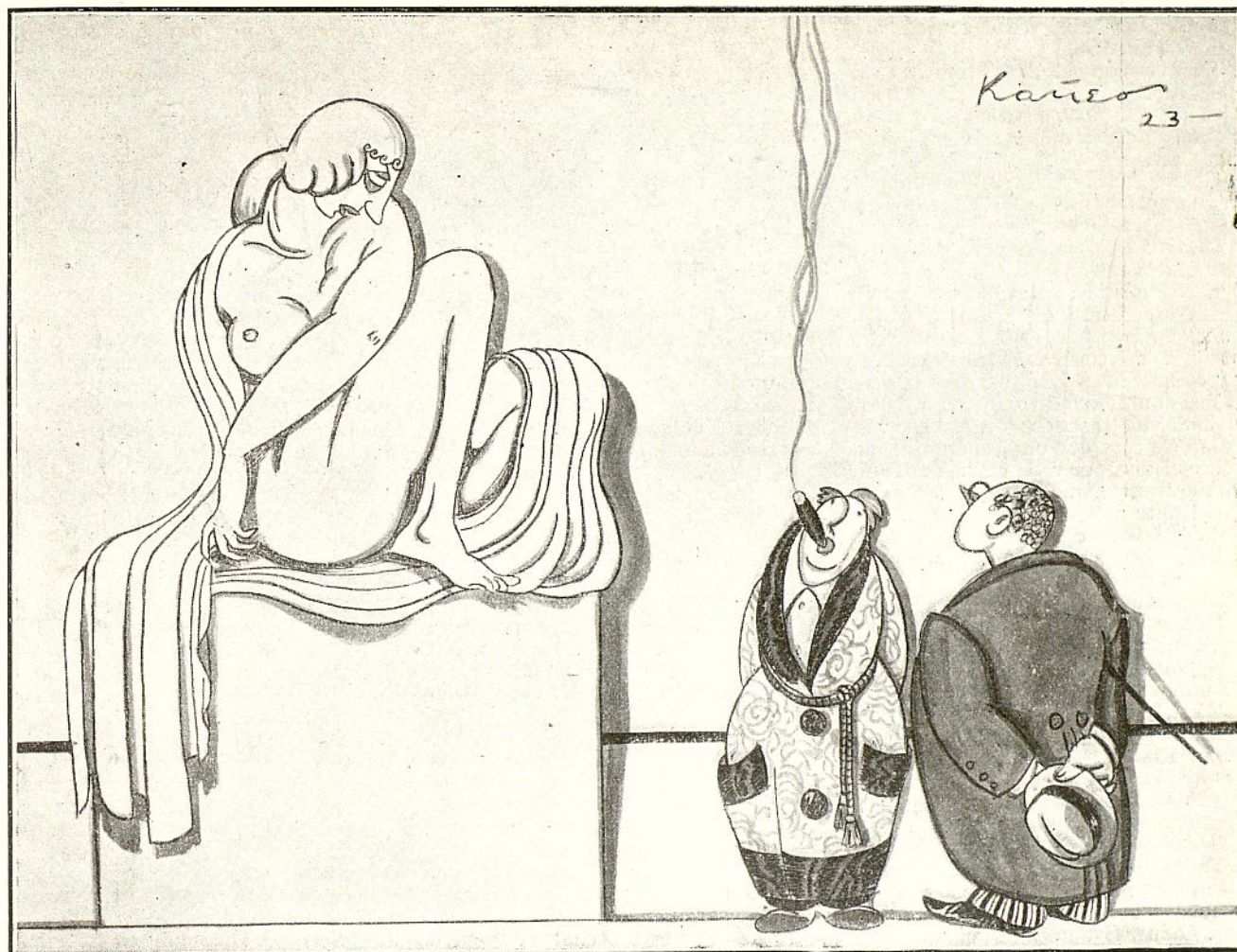
— ¿Qué cómico — y de cuál teatro? — anda buscando a un crítico para *expresarle su gratitud* por los favorables juicios que el último emitiera acerca del primero?

JOSÉ L. MAYRAL



Dib. DELGADO. — Madrid.

— Todo, todo está muy bien; pero el verde..., ¡el verde es lo que más me gusta!...



— He comprado esta estatua hace unos días. Hay quien dice que es de Miguel Angel...
 — No haga caso. Si la has pagado, es tuya, y muy tuya...

Dib. KAÑO. — Madrid.

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

EL ÚLTIMO TRANVÍA

Es terrible la confabulación que existe contra el ciudadano. Todo es molestarle, reducirle, mezclarse, en fin, en la intimidad de sus hábitos, y reglamentarle, sobre todo reglamentarle.

Yo tiemblo cuando me encuentro ante un reglamento, como cuando me encuentro con un bando. Su identidad consiste en que se pegan a las paredes y que tienen por único objeto acorralar al ciudadano, como si de una terrible fiera se tratase.

«Vaya usted por allí.» «No vaya usted por allá.» «Haga usted esto.» «No haga usted lo otro.» En suma: «No puede usted hacer nada de lo que le gusta hacer.»

Por ejemplo: el ciudadano es trasno-

chador. ¿Hay nada más simple que esto de que sea trasnochador el ciudadano? ¿Acaso no es el trasnochar algo así como la contera de la felicidad? El que no trasnocha, es porque no puede.

El ciudadano ha salido a la calle de noche. Nunca se le compadecerá bastante cuando lleva a cabo este hecho sencillo.

Al salir a la calle, ha de llevar trazado un plan, que se propone seguir al pie de la letra.

La primera parte de este plan consiste en ir al café, al teatro, al Casino, al cine o al circo. Hay también quien va a los frontones de señoritas; pero esta pequeña fracción no merece la pena de ser tomada demasiado en serio.

Esta primera parte preparatoria, a la que el ciudadano no concede todo su entusiasmo, tiene por objeto pasar por alto unas cuantas horas, hasta que suena la primera hora del día siguiente, en la que el ciudadano se siente confortado y tan en su elemento como la carpa en el agua.

No penséis que el ciudadano es un hombre depravado, y que lo avanzado de la hora le permite entregarse a sus nefandos vicios, no. El ciudadano es un deleitante del trasnochar. Trasnochará en cualquier sitio, en un café, o vagando por las calles.

Es entonces cuando surge el primer inconveniente, la primera piedra que se coloca sobre su camino de la noche. Esta primera piedra es el último tranvía.

¡Qué mágico poder el suyo, que llena de terror a los pobres trasnochadores!

El que vive lejos, ha de estar pendiente de él, que tiene algo de padre intran-

sigiente, que ordena al ciudadano volver a casa y le amenaza con abandonarle en la calle.

La invención del último tranvía es inquisitorial y devastadora. Hay quien dice que el último tranvía está subvencionado por las mujeres de los trasnochadores.

Cuando se marcha el último tranvía, nada es comparable al dolor de los que se quedan, al desconsuelo que les inunda al sentirse perdidos para siempre en una patria extraña.

Es irremisible; no se conmueve ante la desesperación de los que castiga; nunca vuelve atrás, con un arranque de ternura, a recogerlos, aunque luego haya de reconvenirlos por recalcitrantes.

Y si el último tranvía fuera poco para atribular al trasnochador, se ha inventado otra cosa que obra enérgicamente sobre el que, por vivir cerca, se ríe del último tranvía, que no tiene fuerza contra él para obligarle a cometer la tontería de irse a acostar.

Desde hace unos días se cierran a las tres de la madrugada todos los cafés. ¿Comprendéis bien?

Parece que alguien dice a esa hora terrible:

— ¡Vaya! ¡Ya está bien! ¡Que se marchen a acostar!

Y así, le obligan a uno a irse a la cama, como cuando era pequeño y la tía tenía jaqueca por las noches. Quizás sea que las autoridades tienen jaqueca, y les molesta la pacífica alegría con que el ciudadano trasnochador se entrega a su deporte favorito.

Yo he presenciado uno de esos momentos en que los camareros se ponen serios y echan del café a los parroquianos. Adán y Eva no saldrían tan apesadumbrados del Paraíso terrenal. En la puerta del café hay un guardia, para afianzar más el cumplimiento de la orden superior. Quizás tenga una espada de fuego; pero no la desenvaina.

Yo los he visto llorar en corros, en las aceras de las calles céntricas, como los moros gemían por las calles de Granada, camino del destierro.

Han mirado al reloj de la bola.

— ¡Las tres de la mañana, y sin cobijol! ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Dónde nos meteremos?

Esta pregunta les hace sollozar; pero, a pesar de todo — ¡son tan incorregibles! —, ninguno concibe ni piensa siquiera que lo mejor sea irse a casa a dormir. A tanto llega la resistencia de los empedernidos ciudadanos contra las benéficas autoridades, que despliegan todo su celo en inculcarle las buenas costumbres.

Otro paso, y el guardia que nos manda a acostar a las tres de la mañana, irá al día siguiente a casa a ordenarnos que nos levantemos antes de las diez.

Y entonces habremos comenzado nuestra difícil regeneración.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO

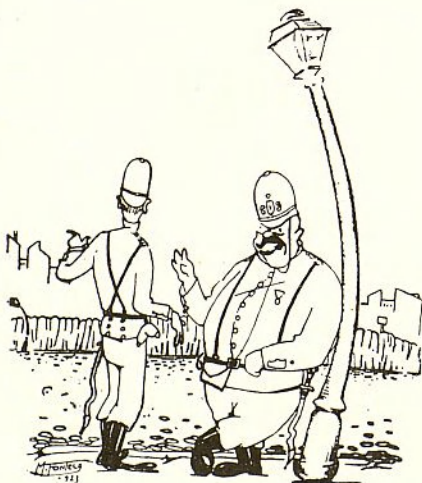
ABAJO LA BELLEZA

Un grupo de artistas húngaros, y al grito de «¡Abajo la belleza!», pretenden crear una nueva estética, que está llamada a hacer una verdadera revolución en lo que hasta ahora se había considerado belleza masculina.

La teoría está basada en el antiguo refrán «El hombre y el oso, cuanto más feo, más hermoso», que ahora resulta que viene del húngaro, y se propone demostrar que una nariz griega no es bonita, y que, por el contrario, es linda una nariz roma.

La perfección en las facciones, la esbeltez, los ojos grandes, son defectos para los creadores de la nueva belleza. En cambio, al jorobado le encuentran atractivo; al bizco, serenidad en la mirada, y al de facciones pronunciadas o adornos del rostro desproporcionados, gracia en el pómulo saliente, o que le dan aire de distinción las orejas, aunque sean como soplillos.

Bueno; viéndoles la cara a los innovadores de la lejana Hungría, cuyos retratos he visto en una revista austriaca, se comprende la pretensión que quieren llevar a cabo estos hombres. El que es el cabeza de motín, llamémosle así, tiene un *torrao* que usa gorra, y lleva una de plato que parece una fuente, pero de las que usaron en el festín de Baltasar. Otro de ellos es tan chato, que en la reseña dice que para oler una flor se la



Dib. FONTELA. — Madrid.

— ¡Indalecio, no te apoyes, que la doblas!...

tiene que meter en la nariz, como si fuera en el ojal; y otro, el encargado de la propaganda, que es un arquitecto, tiene un cartabón, que el retrato que da la revista tiene que ser apaisado.

Yo ostento la representación en España de este grupo de innovadores, representación que me ha sido enviada en carta cariñosísima diciéndome que, por mi físico, en el nuevo nomenclátor de belleza figuro entre los más lindos.

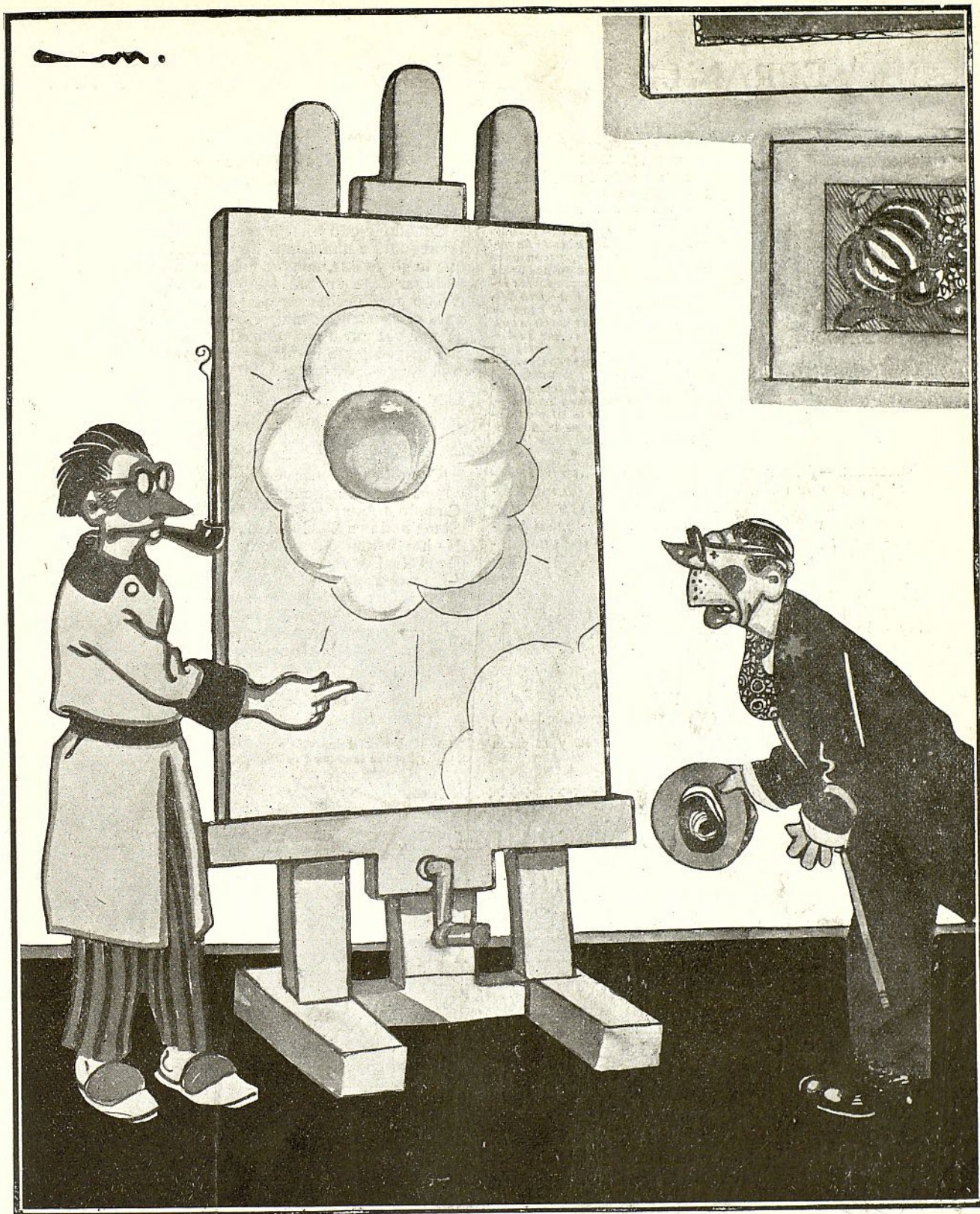
Por esta nueva clasificación estética os diré, para que os deis cuenta del cambio en los valores, que podremos considerar al notable actor Pedro Zorrilla como un verdadero cromo para calendarios; que Bonafé, nuestro gran actor, será tenido por un tipo soñado, y que el conocido autor dramático y betunero *Cienhigos* ha de ser el prototipo de la belleza.

En fin, caras de la del calibre de don Francisco Bergamín serán de las que en adelante se vacíen y tallen rostros de ángeles; figuras como la del conde de Romanones, las que sirvan de modelos para pajes de la Edad Media; y uno de los hombres por el que tomarán fósforos las mujeres será Amadeo Vives.

El que parece que dará la pauta en España, por cogerle más de lleno la nueva concepción de lo bello, es el gracioso actor de Apolo, Vicente Mauri, pues aparte del atrevimiento de sus facciones, le encuentran no sé qué en el conjunto; pues en el retrato que me devuelven de Budapest, y que yo les remití de este actor, han puesto una nota en húngaro que dice: «El nuevo bello Narciso.»

Para terminar: que las cosas van a sufrir un rudo cambio. Que cuando Arturo Serrano, el popular empresario, se pasee por la calle de Alcalá, con su tipo apuesto, su mirada altanera, tocado con su flexible de ala vuelta, que nimba su cara de piel aterciopelada, llevando como un manto sobre sus hombros su conocido abrigo tórtola, las mujeres se le reirán con miseradas, mostrando un gesto de desdén para su figura de porcelana de Sajonia; mientras tanto, el propio Enrique Chicote, por ejemplo, atraerá las miradas femeninas, interceptándole el paso las damas menos dueñas de sí, para observarle más de cerca. Que Ernesto Polo, el gracioso colaborador de este semanario, traerá al retortero diez o doce mujeres, pendientes de la sonrisa angelical que adorna su rostro, que podremos considerar entre los más bellos de la nueva estética, y que un servidor de ustedes podrá deambular del brazo del aplaudido autor Enrique García Álvarez, sin que una nariz ni otra llamen la atención, como no sea para elogiar la amplitud del remate de la de este modesto escritor, el antepenúltimo de los autores cómicos, al llevarla tan graciosamente inclinada al lado derecho.

ANTONIO PLAÑOL



Dib. MONDRAGÓN. — Barcelona.

— ¿Qué te parece esta puesta de sol?
— ¿Puesta de sol?... Yo, que estaba relamiéndome
creyendo que era un huevo frito...

EL "SERRANILLO", CANTADO POR BERGAMÍN

¡Serranillo...,
serranillo...,
no me mates, gitanillo!
¡Qué mala entraña tienes pa mí!
¡Tú no pues ser así!

(Grandilocuente y melodiosísima canción, popularizada cuando Raquel Meller gastaba paletot, y con cuya evocadora y casticísima música se me ha puesto en la cabeza que podía cantar mi ilustre amigo D. Francisco Bergamín (a quien no tengo el honor de conocer) una triste romanza en la cual diese al viento las quejas que su des-acreditada belleza física le está sugiriendo diariamente... ¿Les «hace» a ustedes la idea?... ¿Sí?... ¡Pues oído, que va a cantar Bergamín, y si ponen ustedes oído, y además tienen buen ídem, pueden ustedes cantar al mismo tiempo que él, que yo no me ofendo por eso, ni mucho menos!...)

BERGAMÍN. — *(Aparecerá en escena con la cara descubierta, acto de valor acreditado que me obliga a felicitarle calurosamente. Cantará con una pena que para qué les voy a ustedes a contar. A ratos se pondrá rabioso; pero no morderá a nadie. Pueden ustedes estar tranquilos.)*

¡Es mi cara una ignominia indescriptible,
y la gente que la mira, se desmayal...
¡Hay señoras que me encuentran imposible,
y hay muchachas que me piden que me vayal...
¡Si me miro en un espejo, se hace ciscal...
¡Si me ve un niño pequeño, arma una perral!
Y hace poco me dijeron: «¡Don Francisco,
como usted vaya a Marruecos, ya no hay guerral!» (1)

(1) Porque los moros echan a correr despavoridos, y no paran hasta el cabo de Buena Esperanza.

¡Soy muy feo!
¡Soy muy feo!
¡No lo digan, que lo veo!
¡Si me sonrío, es un horror!
¡Si estoy serio, es peor!

Cuando quedo triste a solas en mi alcoba,
le pregunto a una estampita de San Pío
qué hago yo que, aunque me doy bastante coba,
en lugar de tener cara, tengo un lío.
¡Yo no puedo echar piropos en la calle,
pues se asustan las mujeres si las miro!
¡Y una vez que a una doncella cogí el talle,
en el acto agarró un arma y se dió un tiro!

¡Soy muy feo!
¡Soy muy feo!
¡El mirarme da mareo!
¡Loreto Prado me aseguró
que es más guapa que yo!

¡Con mi cara causo estragos espantosos
y la mar de tremebundas sarracinas!
¡Cuando a Asturias voy de caza, huyen los osos!
¡Si me baño en La Coruña..., no hay sardinas!...
¡No hay un perro que me muerda si le miro!
¡En el Real se van las tiple si me abonol!
Y las monas de la jaula del Retiro,
cuando paso por allí dicen: «¡Qué mono!» (1)

¡Soy muy feo!
¡Soy muy feo!
¡Mi belleza es un choteo!
¡Sólo en los días de Carnaval
dicen que no estoy mal!» (2)

NÉSTOR O. LOPE

(1) ¡Que es el único elogio que he oído en mi vida!...
(2) ¡Porque se creen que llevo careta!...

EN LA SALA DE ESPERA DEL CÉLEBRE ADIVINADOR

HISTORIETA
POR
SÁNCHEZ VÁZQUEZ
Málaga.



I. — Mira, Luis: una botella de coñac
tres estrellas.

II. — ¡Bebamos, Juan!

III. — ¿Usted se ha bebido el coñac?
— Yo, no, señor.

IV. — ¡Entonces, ha sido usted!...
— ¡No cabe duda, Luis; este tío es
un verdadero adivinador!...



RAMONISMO

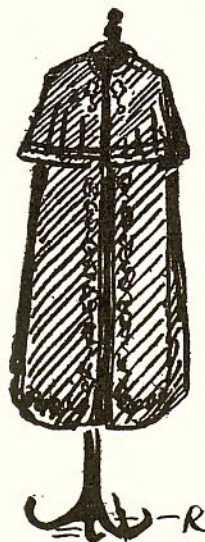
CAPAS ESPAÑOLAS

Hay que tener una capa en el ropero para evitar la inquietud de la capa. Sólo se queda uno tranquilo cuando está ya en nuestro poder y cuelga de la percha.

En mí ha estado discutiendo toda la vida el hombre sin capa con el hombre con capa, hasta que, gracias a haberme tocado la lotería, pude comprar una capa. Entonces se acabó ese diálogo interminable, que se agriaba en muchas ocasiones, comprobando que aquella discusión sólo la entablaba y la crispaba el no tener capa, puesto que al ponerla se apagaron las insidias y las aversiones a la capa, como cuando la caperuza de metal apaga las velas.

Una completa antología de la capa necesitaría un infolio de numerosas páginas que moverían un aire de embozo al moverse.

El especialista de las capas es un señor alto, que lleva siempre levita, capa y sombrero de copa. Es como el doctor en capas; y cuando yo me compré mi capa, a él fui. Se necesita tener fe en aquel que nos arma caballeros de capa, caballeros de capa seca, ya que no podemos ser caballeros de capa y espada. Ser investido de capa por quien no tenga la pura ciencia que se necesita, es cosa que sume en las más embargantes sospechas. ¿Nos la habrá dado corta? ¿Será, en vez de parda, la capa pardeante? ¿Tendrá la esclavina graduada que nos corresponde? Su cenefa, ¿será el fino entorchado que va bien a la pañosa?



Capa de puro paño de Béjar, tasada en 300 pesetas.

Por eso hay que ir a un buen doctor en capas. Al mío lo tenía elegido desde tiempos remotos, y le había visto accionar con sus capas y cortar sobre los largos mostradores los sectores de noche que, en resumidas cuentas, son las capas. Yo ya tenía elegida la capa que había de ser la mía, y me sabía los cartelitos de los precios y los nombres regionales y de pura cepa de sus paños — nombres castizos, como los de las grandes parras —. Por eso me fué muy fácil señalar la que yo quería entre todas las capas que colgaban de

las altas perchas de la tienda, y el doctor en capas, sin enchufarla ningún palo, sólo envolviéndola en sí misma, la bajó vertical, derecha y rígida.

El doctor la prendió de mis hombros con litúrgico cuidado, y yo sentí la emoción que debe sentir el que es ordenado y canta misa por primera vez.

Después me miró en todo mi vuelo, y me dijo:

— Está bien... Sólo hay que recortarla un poco... Los hombros influyen en ese último recorte de las capas... Esta tiene la medida justa, pues pasa de las corbas.

En sus manos encomendé mi capa. El la cogió con la familiaridad con que



Capa bordada para un valiente, en paño azul.

el tendero en telas coge una pieza, y, depositándola en recto sobre el mostrador, tomó las tijeras, más como un peluquero que como un sastre. Iba a cortarme un poco del vuelo, algo sensible de mis alas.

«Ras, ras..., ras, ras...», hicieron las tijeras, y yo juro que sentí en vivo el mordisco de las finas fauces. Menos mal que acabó pronto el rebarbear del sastre, tan seguro de sí mismo, que no se cegó en el rebarbear, como se hubiera cegado cualquier neófito, pues lo más difícil con unas tijeras en la mano es no recortar el mapa del mundo en constantes rectificaciones, en un poco y otro poquito más para que la curva comprendida llegue a mayor perfección.

Así, con aquel recorte sobre la propia pañosa, me quede sintiendo su con-

dición de tela con el suficiente cuerpo para no necesitar el pliegue que llevan al borde las demás telas.

¡Cómo envuelve la capa! Su interminable tela tiene pliegues a los que no llegamos nunca.

Y eso que la mía no llega a ser la que tuvo con el letrero de mil pesetas el maniquí sin cabeza, el maniquí más chulo y garboso del mundo.

Se comprende, ante la fortuna que es



El técnico de las capas trazando la difícil geometría de su corte.

la capa, a esos ladrones que llamaban *capear* a quitar las capas, esos *capeadores*, a los que se refiere Góngora en estos versos:

«Soy un Cid en quitar capas;
perdóneme el señor Cid;
quédesele el *Campeador*,
y el *capeador* para mí.»

Quevedo, refiriéndose a ellos, también, dice: «Los últimos valientes son nocturnos: *quitan capas*, escalan casas, mas no quieren que les tengan por ladrones, apropiándose el nombre de *traviesos*.»

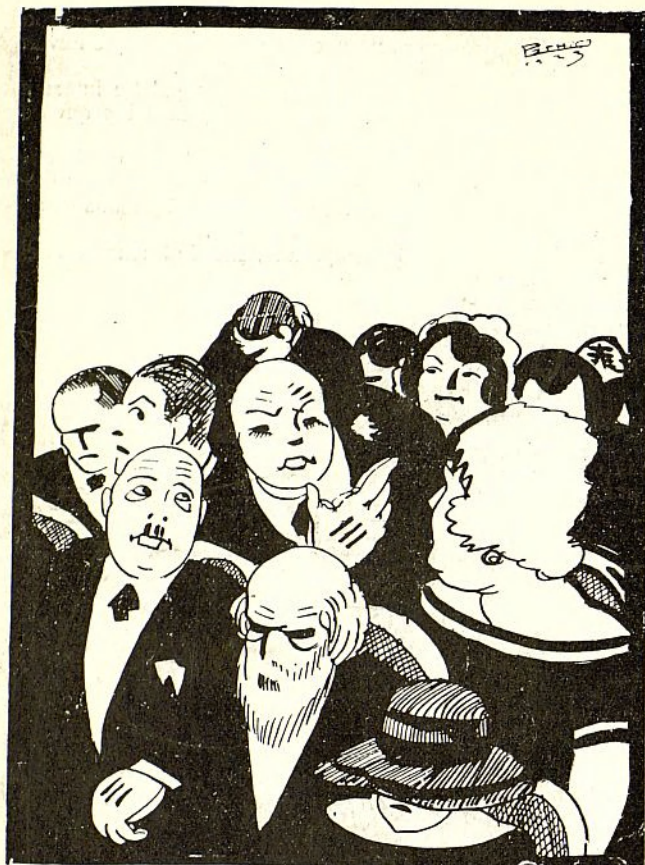
Claro que entonces había capas mejores, «capas untadas de oro», como se decía de las guarnecidas, aunque a veces las damas prefiriesen las más modestas, como aquella dama de una obra de Lope de Vega, que dice:

«Más quiero yo a Peribáñez
con su capa la pardilla,
que al Comendador de Ocaña
con la suya guarnecida.»

La capa, ese valiente abrigo que nos abraza en sus vueltas y nos encierra en nosotros mismos como nuestro propio misterio, sólo tiene una competencia, ante la que hay que inclinarse, eso sí; y esa prenda que es más elegante que la capa, es la dalmática. ¡No he dicho nada! ¡La dalmática!

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Ilustraciones del escritor.



Dib. PACHIN

Madrid.

EN EL CONCIERTO

— Caballero, ¿hace mucho tiempo que ha empezado?

— Sólo sé que están tocando la Quinta Sinfonía.

— ¿Lo ves? Por tanto arreglarte, hemos perdido cuatro sinfonías...

DEL BUEN HUMOR AJENO

SORTILEGIO, por Cami.

ACTO PRIMERO

TORTURA DE ENAMORADO

(La escena representa un cuarto de un hotel, en Suiza.)

EL MOZO DEL HOTEL (introduciendo al viajero en la habitación). — Este es su cuarto, señor. Las ventanas dan enfrente de la maravillosa cadena de los Alpes. Si no quiere asomarse a causa del frío, encontrará sobre la mesa fotografías del paisaje que vería desde la ventana.

EL AMANTE TRÁGICO. — Poco me importa el paisaje. He venido a Suiza huyendo de París, donde una amante indigna me engañaba con un zuavo.

EL MOZO DEL HOTEL. — Si el señor tiene penas de amor, debe consultar al célebre adivino que vive en el pueblecito de al lado.

EL AMANTE TRÁGICO. — ¡Excelente ideal! Iré ahora mismo. ¿Cómo se llama ese astrólogo?

EL MOZO DEL HOTEL. — Le llaman el Adivino del pueblo.

(El amante trágico sale.)

ACTO SEGUNDO

EL HECHIZO

(La escena representa la vivienda del Adivino del pueblo.)

EL ADIVINO. — ¿Qué desea señor?

EL AMANTE TRÁGICO. — ¡Vengarme!

EL ADIVINO. — ¿Vengarse?

EL AMANTE TRÁGICO. — Sí.

EL ADIVINO. — ¿De quién?

EL AMANTE TRÁGICO. — De una mujer que me engaña con un zuavo.

EL ADIVINO. — Por vengarse, ¿llegaría usted a desear la muerte de su querida?

EL AMANTE TRÁGICO. — Sí; pero sin pasar a vías de hecho.

EL ADIVINO (con voz misteriosa). — La magia os ofrece un medio práctico de vengaros sin peligro alguno.

EL AMANTE TRÁGICO. — ¿Es posible? Explíquemelo.

EL ADIVINO. — Voy a hacerlo. Antes, deposite en la bandeja colocada sobre la chimenea un billete de cincuenta francos, para la obra del Asilo Astral nocturno.

EL AMANTE TRÁGICO. — ¿El Asilo Astral?...

EL ADIVINO. — Sí; para los espíritus errantes.

EL AMANTE TRÁGICO (poniendo el billete). — Ya está. Hable ahora.

EL ADIVINO. — El hechizo puede llevarse a cabo de dos maneras: le explicaré la preconizada por Nostradamus.

EL AMANTE TRÁGICO (con impaciencia). — Veamos la primera manera.

EL ADIVINO. — Hela aquí: compre usted, sin regatear, el corazón de una vaca muerta por completo y que no haya parido más que una vez. Encierre la víscera en un saco hecho con la piel de un cabrito muerto al nacer, teniendo cuidado de espolvorearla con una pulgarada de tierra cogida en un hormiguero. En seguida compre usted, siempre sin regatear, una escofina; colóquese la en el zapato izquierdo y entre en su casa sin volver la cabeza. Una vez en casa, rallará usted sobre el corazón de la vaca tres cabellos pertenecientes a la persona a quien desee hechizar. Mezcle con los cabellos rallados el tuétano de la tercera extremidad de un topo, sustancia que previamente debe haber estado dos días bajo la lengua de un enfermo con fiebre. Queme luego un centenar de abejas, mezclándolas con ceniza de castañas, y arroje este polvo sobre el corazón de la vaca, mascando al mismo tiempo una manzana cogida la víspera de San Gregorio. Por último, tomará usted una aguja de hacer media, que nunca se haya utilizado, y después de mojarla en sangre de abubilla, atraviése con ella el corazón de la vaca en dirección Este. Al momento, la persona hechizada sentirá atravesado el corazón, aunque se ocultara en el otro extremo del mundo. ¡Ya ve qué sencillo!

EL AMANTE TRÁGICO. — Sí...; pero ¿no habría otro medio?

EL ADIVINO. — Existe el segundo procedimiento. Acabo de enseñarle el de Nostradamus, que apenas si tiene aplicación en nuestros días. Los hechiceros modernos han simplificado las cosas. Actualmente, basta con taladrar la fotografía de la persona a quien se quiere embrujar, recitando la fórmula cabalística. Lo esencial es operar en un lugar enteramente a oscuras.

EL AMANTE TRÁGICO. — Este último procedimiento me gusta.

EL ADIVINO. — Entonces, aquí tiene usted la fórmula cabalística, escrita en pergamino virgen. Son doscientos francos.

EL AMANTE TRÁGICO. — No reparo en gastos para lograr mi venganza. Tome usted. (Paga, coge la fórmula cabalística y sale.)

ACTO TERCERO

LA EQUIVOCACIÓN

(La escena representa el cuarto del hotel del amante trágico.)

EL AMANTE TRÁGICO. — Media noche; la hora del hechizo. Me sé de memoria la fórmula cabalística. He cogido una aguja de hacer media que nunca se ha

usado; no me queda más que apagar la luz y atravesar la fotografía de la infiel. ¡Por fin voy a vengarme! (Apaga.)

ACTO CUARTO

LA FÓRMULA CABALÍSTICA

(La misma decoración, por la mañana.)

EL AMANTE TRÁGICO (despertándose). A estas horas, mi ex amante estará muerta en los brazos del zuavo. El hechizo se habrá logrado. Atravesé la fotografía después de haber recitado la fórmula cabalística. (Llaman.) ¡Adelante!

EL MOZO DEL HOTEL. — Es el chocolate del señor.

EL AMANTE TRÁGICO. — Hoy no tengo gana. Puede usted tomárselo.

EL MOZO DEL HOTEL (recogiendo de la alfombra una fotografía). — El señor debiera tener más cuidado, y no perforar las fotografías del paisaje.

EL AMANTE TRÁGICO. — ¿Qué fotografía?

EL MOZO DEL HOTEL. — El señor ha agujereado una de las vistas de la cadena de los Alpes, de las que colocamos una colección en cada cuarto.

EL AMANTE TRÁGICO. — ¡¡Por Satanás!! ¿Me habré confundido? (Salta de la cama y arrebatla la fotografía agujereada de las manos del mozo.) ¡Maldición! Me equivoqué en la oscuridad: creyendo coger el retrato de mi infiel amante, he pinchado sobre el panorama de los Alpes. Deprisa, vístame, y corramos a comprobar el resultado de mi error. ¡¡He hechizado una montaña!!

ACTO QUINTO

LA MONTAÑA HECHIZADA

(La escena, ante una montaña.)

EL AMANTE TRÁGICO. — Heme frente a la montaña que he embrujado por equivocación. No cabe duda: el hechizo es perfecto. El sitio que he atravesado en la fotografía está igualmente perforado en esta montaña, cuyo flanco presenta abierta una hendidura. (Loco de orgullo.) ¡Ah! Puedo proclamarlo contemplando mi obra: ¡soy el rey de los hechiceros! ¡Mi potencia fluidica no reconoce límites! ¡Tiemblen mis enemigos! Soy yo el dueño de vuestros destinos!... Soy el hechicero más poderoso del mundo, puesto que he encantado una montaña atravesándola tan fácilmente como si fuera un rollo de manteca. Buscaré al adivino para mostrarle mi obra, única en los anales de la magia. Pero antes preguntaré a ese zagal que cuida de sus carneros el nombre del monte que he embrujado. (Al zagal.) Dime, muchacho, ¿cómo se llama el pico que se eleva frente a nosotros?

EL ZAGAL. — Es el Simplón.

EL AMANTE TRÁGICO. — ¡¡He perforado el túnel del Simplón!!

TELÓN

M. V.

UN ARTÍCULO INTERESANTE

Dib. GALINDO. — Madrid.



Jabón
Maia
MYRURGIA
colonia
Polvos.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

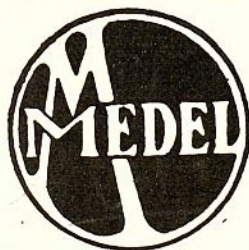
J. Y. A. Barcelona. — ¡Ver-
sos y flojos? ¡Antes la de-
función!

Dr. G. B. Madrid. — Se en-
cuentra usted en el mismo
triste caso que el anterior.

A. L. A. Segangan. — Los
versos de su recomendada
son algo marranetes, dicho
sea con perdón de su reco-
mendada y de los lectores.

Coqueto. Madrid. — Lo de
usted también es cochinillo
de verdad (y que los lecto-
res sigan perdonando).

A. Solís. Gijón. — Pues ¿y
lo de usted? Su «Biblioteca
circulante» huele a demonios
(y que dispensen una
vez más los lectores). ¡Hay
días aciaguísimos!



GRAN VÍA, 18
JUGUETES
COCHES DE NIÑO

L. Romero. Madrid. — De
las dos preciosidades que nos
envía, o sean, el dibujo y los
versos, hemos rechazado el di-
bujo sin vacilación. En cuan-
to a los versos, no los hemos
rechazado... pero tampoco los
hemos admitido. Queremos
decir que hemos vacilado más
que un «curda» antes de deci-
dirnos a pronunciar nuestro
terrible fallo.

El. Madrid. — «La pianola»
no nos ha sonado bien. Si
usted quiere, envíe otro ins-
trumento más agradable. Y,
sobre todo, afine.

D. C. Madrid. — Su trabajo
titulado «No tiene importan-
cia», no la tiene, en efec-
to. En virtud de eso, lo he-
mos reclinado blandamente
en el cesto. ¡No se apure us-
ted, porque eso no la tiene
tampoco! ¡Se hace un trabajo
de más importancia, y en
paz!

Jai-Alai. Valencia. — No nos
sirve el dibujo que nos re-
mite, ni los dos cuentos que
nos manda, ni los dos dibu-
jos que nos envía para ilus-
trar los dos cuentos. ¿Por
qué no nos ha mandado us-
ted una caja de naranjas del
grano de oro, que segura-
mente nos habrían servido?
¡Porque crea usted que nos
apena mucho no poder ad-
mitirle nada! ¡En fin, otra
vez será; sobre todo si en-
vía usted algo sustancioso!

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

Peleón. Madrid. — ¡Ja, ja,
ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!
¡Ay, mi padre, qué tío!... ¡Se
cree que somos unos primos!

Por encontrarse bastante
mal de salud, han salido con
destino a «Cestona» los dibu-
jos que nos han enviado los
señores C. Puerta, L. Villa-
seca, D. Jabardo, Pina, Wa-
llace Navarro, Madrid; T. Ele,
Ciudad Real; Albasanz, Ma-
drid; T. B. O. B. Nir, San Il-
defonso; M. Freire, Madrid;
J. V. Bilbao; Dosu, Madrid;
Ascensio, Sevilla; M. Martí-
nez, Madrid; Joaquín Díaz,
Laguna de Tenerife; JMM,
Madrid; E. Aznar, Zaragoza;
Andrew, Madrid; F. Alonso,
Valladolid, y José de Castro,
Madrid.

En tan agradable compa-
ñía, han salido también con
la misma dirección los tra-
bajos literarios (valga la pa-
labra) que firmaban los ca-
balleros siguientes: J. A., Alica-
te; J. G. A., Madrid; Pichi-
chi XII, Madrid; C. A. C.,
Burgos; J. G. M., Madrid;
M. A. C., Valencia; I. C., Bue-
nos Aires; M. G. del C., Gra-
nada; Broadcastings, Madrid;
Lolo Peter, Madrid, y C. Po-
rrillo, no sabemos de dónde.
A este Porrillo, que, por cier-
to, se ha dado el caso para-
dójico de que nos envíe a
«porrillo» los originales, he-
mos de aconsejarle que mo-
dere sus ímpetus y escriba
más despacio, porque escri-
bir no es guiar un Citroen.
Hay que escribir muy «sen-
tado», querido amigo. De mo-
do, que siéntese.... y des-
canse.

Júpiter Tonante. — ¿Se que-
ja usted porque le dijimos la
otra vez que su artículo era
fuerte? ¡Pues mire usted: a
sus producciones les sucede
lo que a ciertos aguardien-
tes, porque aquí era fuerte,
pero el de hoy es flojo!...
¡Hay que saber buscar el
término medio, o, de lo con-
trario, no hay más solución
que fallecer repentinamente!

A. de F. y T. Madrid. — Su
encinutria abracadabrante, re-
moqueteada con el denomi-
nador «Un invento del doc-
tor Dhischof», está conve-
nientemente dosificada de
cloruro de sodio; pero su sa-
lazón no es tan categórica
como para metamorfosearnos
en orates y darla a la luz en
nuestros folios regocijantes.
Elabore otra camelancia más
novedosa, y será factible que
su rúbrica se universalice
entre la dilatada muchedum-
bre de nuestros adquirentes
y leyentes adorados... ¡Nos
parece que la cosa no puede
estar más clara!

Pulg. Alcoy. — ¡Ees usted
un asno indiscutible!... ¡Y
esto también creemos que
está más claro que el agua!

Clemente. Córdoba. — Sus
versos pueden pasar.

A. Z. W. Madrid. — Los su-
yos, pueden pasar también.

Topsy. Bilbao. — Para los
de usted, no estamos en casa.

Egar. — No ha tenido us-
ted el éxito. Lo deploramos
acerbamente.

Paco. Madrid. — Le hemos
admitido a usted un dibujo.
¡Qué alegría! ¿verdad?

Otaí. Zaragoza. — A usted
le hemos admitido otro. ¡Qué
corazonazo tan enorme tene-
mos!

Julio Fuentes. Madrid. — A
usted no le hemos admitido
ninguno. ¡Somos unos tales y
unos cuales!

Si quieres mostrar los dientes,
te aconseja el que esto escribe
que uses el sin precedentes
Licor del Polo de Orive.

Gaspar y Francés. Alica-
te. — No nos decidimos a pu-
blicar su trabajo, aunque no
está tan mal como para lla-
mar al médico.

Sol. Barcelona. — Aceptadas
dos de sus cosillas, que es-
tán bastante regularcilla-
mente, lo que le decimos
para su satisfacción y encan-
tamiento.

P. Trarca. Tenerife. — Ese
cuento es muy viejecillo.
simpatía joven; tan viejeci-
llo, que ya se habrá muerto
cuando usted lea estas lí-
neas.



— ¿De manera que vuestro marido se presenta diputado?
¡Pero si nunca ha abierto la boca en público!
— ¡Cómo que no, querida! ¡En la última conferencia de
vuestro esposo, estuvo a punto de desternillarse las mandi-
bulas de tanto bostezar!...

(De Le Rire, de París.)

Cre-
ma

Solar

Boca sana - Dientes blancos.
Aliento perfumado.

CORTÉS, HERMANOS.-BARCELONA

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.» Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.
¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

—¿Qué títulos tiene usted para pre-tender ser consejero de mi casa?

—Pues que he sido consejero veinte años en otro sitio y no he tenido jamás el más pequeño altercado con los inquilinos.

—¿Y de dónde fué usted consejero?

—De la Patrialcal de San Lorenzo.

Piedad Otaola. — Madrid.



HERNIAS
Bragueros científicamente.
J. Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

En la barbería:

—¿Yo he afeitado alguna vez al señor?

—Sí. Hace unos tres meses.

—Pues no reconozco su cara.

—Es que ya cicatrizaron las heridas.

Rafael. — Palencia.

Una buena noticia:

—¡Caballero, no saldrá usted de esta fonda hasta que pague la cuenta.

—¡Oh, Dios! ¡Por fin he encontrado lo que hasta la fecha busqué inútilmente! ¡Un asilo seguro para toda mi vida!

V. Videgafn. — Bilbao.

La señora. — ¡Vengo aterrada! ¡Me han pedido veinticinco duros por una pieza de tela para sábanas!

La doncella. — ¡Qué disparate! Entonces, ¿cuánto valdrán las sábanas de mi cama, que tienen «diez y ocho piezas»?

Enrique Soria. — Madrid.

*Esa tos tan espantosa
le atosiga y le cohibe;
pero curará si usa
el sin par Jarabe Orive.*

Un niño visita, acompañado de su padre, un Parque Zoológico, y ante la singular longitud del cuello de las jirafas, pregunta:

—Papá, ¿por qué tienen las jirafas el cuello tan largo?

Y contesta el padre:

—¡Porque tienen la cabeza muy separada del tronco!

Alejandro Riveo Bartual.
Grao de Valencia.

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE
VIUDA DE CELESTINO SOLANO
Primera marca mundial. **LOGROÑO**

—¿Qué obreros son los que no trabajan de día?

—Los que hacen mesillas «de noche».

Kamelo. — Madrid.

—¿Cuál es el baño en el que no hay peligro de ahogarse?

—El de «salvado».

J. R. — Madrid.



SORPRENDENTES
son los productos americanos de
BELLA AURORA

Recomendados por la Facultad de Farmacia
de Barcelona

Grandes premios en 1915, 1919 y 1921

—¿En que se parecen las mujeres a las flores?

—En que se ponen «en agua».

José García López.
Madrid.

—¿Cuál es el hotel más alto de Madrid?

—El de París, porque está encima de la «Montaña».

Santiago Santacréu.
Madrid.

—¿Cuál es el colmo de un guardia de Seguridad?

—Tener los hijos «en el cuerpo».

Miguel de la Torre Calvo.
Madrid.

LA TÉCNICA
Carrera de San Jerónimo, 3, principal.

CLASES PRÁCTICAS

DE

Reforma de letra :: Cálculo :: Teneduría

de libros :: Mecanografía :: Taquigrafía.

Máquinas de calcular :: :: :: :: :: ::

Aquí se facilitan a los alumnos medios de ganar sin abandonar sus clases.

Carrera de San Jerónimo, 3, principal, y calle de Santiago, 6 y 8.

Representantes de la máquina de escribir MERCEDES

En el Juzgado:

—¿Por qué, después de haber tirado a su mujer por la ventana, quiso matarla?

—Porque al bajar a la calle, vi que estaba en brazos de un guardia.

José A. Sanz y Prendes.
Madrid.

Entre amigos:

—Oye, ¿qué tal fué la sesión de escamoteo que viste anoche?

—¡Chico, la caraba! ¡El prestidigitador es un artista hostial! Figúrate que me pidió una moneda para hacer un juego, le di un duro falso, y me lo devolvió bueno!...

Kalamar. — Madrid.

—¿El colmo de un moro adicto a España?

—Abandonar su casa para meterse en la «mia».

Sanz. — Melilla.

Extendiendo una cédula:

—¿Su nombre?...

—Canuto Redondo.

—¿Profesión?...

—Jefe de Negociado.

—¿Estado?...

—No, señor. Gobernación.

Masto. — Madrid.

En una reunión se habla de un frenólogo, y uno de los concurrentes dice:

—A mí me examinó el otro día la cabeza.

—¿Y qué le dijo a usted?

—¡Que me la lavase!

Una sin gracia. — Madrid.

—¡Chico, el medio centro del equipo de Barcelona debe de ser un gachó muy gordo!

—¿Por qué?

—¿No has oído decir que «es Sancho»?...

Mignon Lescant. — Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **F. Guadilla, de Bilbao.**

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS. SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojez, manchas, rostros grasientos, etc.*), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para *rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas, etc.* Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Polvos Belleza Calidad superfin y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa. —Habana: droguería de Sarra, Teniente Rey, 41. —Buenos Aires: A. García, calle Florida, 139

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR



EL CHICO. — ¡Heraldo!... ¡Corres!... ¡La Voz!...
EL DEL BALCÓN. — ¡Chico, sube La Voz!
EL CHICO. — ¡Voceo como me da la gana!
Ayuntamiento de Madrid

Dib. TATITO.—Zaragoza,